

BOLSILIBROS BRUGUERA

PUNTO

ROJO

manchas de sangre en el cielo

SILVER KANE



COLECCION

PUNTO ROJO



SILVER KANE

MANCHAS DE SANGRE EN EL CIELO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 503

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES

CARACAS · MÉXICO · RIO DE JANEIRO

Dépósito legal: B 40.588 - 1971

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: diciembre, 1971

© SILVER KANE, 1971
sobre la parte literaria

© JORGE SAMPER, 1971
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

1.244. — Una noche con la muerte.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.113. — El hombre de Cocody.

En Colección SALVAJE TEXAS:

738. — Infierno: capital, Dodge City.

En Colección KANSAS:

666. — Un buitre llamado Cox.

En Colección BUFALO:

944. — El señor «Colt».

En Colección ASES DEL OESTE:

502. — Ni más ni menos que un hombre.

En Colección BRAVO OESTE:

515. — La casa del eterno olvido.

En Colección COLORADO:

637. — Jinetes de medianoche.

En Colección CALIFORNIA:

751. — Todos esperaban la muerte.

En Colección PUNTO ROJO:

493. — La muerte llegó del cielo.

En Colección HEROES DE LA PRADERA:

101. — El perro aullador.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

49. — El hombre que vendía muertos.

CAPÍTULO PRIMERO

UN CRIMEN INEXPLICABLE

El inspector Corbier fue el primero en entrar en aquel piso que olía a finas maderas enceradas, a Chanel número cinco y a cigarrillos orientales. Demasiados olores mezclados para su gusto, aunque fueran todos buenos. Como también, para su gusto, estaba demasiado recargado el ambiente, aunque todos los objetos puestos allí fueran de gran lujo.

Basile, un gendarme cuya tripa llegaba a los sitios media hora antes que el resto de su cuerpo, fue el que le señaló el camino.

—Por aquí, inspector.

Corbier atravesó una amplia sala donde había muebles estilo Imperio y una colección de jarrones chinos que hubieran alcanzado una exorbitante cifra de millones en cualquier subasta. También había unos cuantos candelabros de oro macizo y unos cuadros de firmas cotizadas, desde Monet a Picasso. En resumen, era una buena jaula.

—¿De qué vivía la pájara? —preguntó, con esa caritativa falta de respeto que los policías muestran hacia los sospechosos y hacia los muertos.

—De los hombres.

A Corbier se le iluminaron los ojos. Ya era hora. Hacía meses que sólo le traían casos de viejas. Meses insoportables durante los que no había tenido ni un solo crimen divertido.

—Ah... ¿De modo que una *cocotte*? ¿Y qué? ¿Era una señora de clase?

—Hum... Más bien algo pachucha.

—¿Edad?

—Cincuenta largos.

Corbier lanzó una imprecación.

—Oiga, Basile, a esa edad una mujer no vive de los hombres ni aunque se vista de buzo. Puede sacar para un cuchitril de Neuilly y para comer en un restaurante de tres al cuarto, pero no para esta jaula de oro. Haga el favor de no tocarme las narices, Basile. Si vuelve a reírse de mí, le juro que le «apiolo» con un cuchillo y luego llevo su tripa al Museo de Cera, si es que cabe allí.

—No le he engañado, inspector. Es que usted no me ha dejado terminar. Vivía de los hombres muertos.

—¿Qué?...

—Se casó y enviudó dos veces. Ahora era un adefesio, pero parece que en sus tiempos estuvo bien. Cada uno de sus maridos la dejó multimillonaria. Fueron tan amables que la «palmaron» en el momento oportuno, y ella... ¡a vivir!

—Bueno, a vivir hasta ahora.

—Sí, jefe. La ha «palmado» con todo el equipo.

—¿Dónde está?

—Pase. Está en la sala de masajes.

—Ah, ¿tenía sala de masajes y todo?

—Ya lo verá. La tía vivía como una tigresa.

Pasaron a la sala de masajes.

Siguiendo su costumbre, Corbier se fijó en el ambiente antes de fijarse en las personas. La sala era pequeña, pero muy coquetona, con las paredes tapizadas de tela color oro, lo que daba a aquel cubículo un aspecto casi mágico. Todas las paredes menos una. Ésta estaba materialmente tapizada de fotografías de luchadores de *catch*, guapos y viriles, luciendo sus musculaturas. Algunas de esas fotos tenían dedicatorias más o menos cariñosas para la interfecta.

Corbier lanzó un gruñido, porque todos aquellos músculos le daban envidia. El era un tipo fofa y ante el que todas las mujeres, incluida la suya, sentían inmediatamente ganas de bostezar.

—Vaya... Parece que le gustaban los machos —dijo.

—Sí. Tuvo líos con varios de ellos, naturalmente pagando. A los pobres tíos, el *ring* no les daba tanto como las caricias de esa vieja.

Y Basile señaló hacia arriba.

Corbier hizo: «Hum».

Las piernas.

Las feas medias *panty* tapándolo todo.

Bueno, en ese caso era lo mejor, porque la víctima tenía unas piernas ya llenas de varices, que cuanto más ocultase mejor.

Ya estaba algo amoratada.

La lengua fuera.

La habían colgado de una lámpara.

Corbier se tocó la nariz, lo cual era en él un grave síntoma de estar preocupado.

—¿Quién la descubrió?

—El portero. Tenía llave y subía cada tarde a traerle el periódico.

—¿Qué edad tiene el portero?

—Veinticuatro.

Corbier hizo una mueca maligna, de zorro viejo al que han quemado el rabo muchas veces.

—¿También él?... —susurró.

—No lo sabemos —dijo Basile—. De todos modos un par de hombres le están apretando los tornillos muy educadamente: «Que si eres un chulo. Que si eres un chorizo. Que no queremos ningún mal para ti. Pero que habla enseguida o te partimos la boca».

—¿Sin resultado por ahora?

—Sin resultado, jefe.

Corbier miró el cadáver.

—Lo extraño es que no se defendiera —dijo—. No tiene las manos atadas.

—Sí, eso es lo que más llama la atención.

Corbier pareció olfatear el aire. Lo husmeó como un perro de caza que se dispone a trabajar en serio.

Y eso era Corbier: un perro de caza con muchas horas de escopeta sobre las espaldas. Allí había algo que no estaba claro y que él no había visto aún, pero que no tardaría en ver. Con las manos a la espalda, se dedicó a husmear por todos los rincones.

Basile preguntó, con su habitual falta de tacto:

—¿Qué está olisqueando, jefe?

—Aún no lo sé.

—Parece como si estuviera oliendo al asesino. Como si quisiera llegar a él por el olfato.

—Algo así.

Y de pronto abrió uno de los cajones.

—Aquí está —dijo.

Extrajo una masa de algodón. El algodón despedía un cierto olor a cloroformo, que era lo que había captado él a gran distancia.

—Ésta es la explicación —dijo—. La cloroformizaron y luego la colgaron de la lámpara. Seguramente lo hizo una persona a la que ella conocía, porque de lo contrario no se hubiera dejado sorprender.

Depositó con cuidado el algodón sobre la mesa para que se ocuparan de él los expertos en huellas. De todos modos daba por descontado que el asesino habría sido cuidadoso y que allí no encontrarían nada.

Basile le contempló con admiración.

—Tiene usted un gran olfato, jefe.

—Peor lo tiene mi mujer. Cierta vez que fui en el Metro junto a una rubia muy perfumada, al llegar a casa por poco me mata.

Señaló los muebles a uno de los expertos en huellas que ya se arrastraban por allí como un gato que busca espinas en un bar de tapas.

—Oye tú. Quiero que dejes esto tan cribado que pueda encontrar las huellas hasta del tipo que lo construyó. Y sobre todo el algodón. Y luego lo llevas al laboratorio para que averigüen qué clase de cloroformo ha usado. Y luego buscas huellas de pies. Y luego me compras un paquete de cigarrillos marca «Galoises».

—De acuerdo, inspector. Lo que más me gusta de usted es que es un hombre que deja hacer y no da órdenes.

Corbier no le hizo caso.

En aquel momento entraba una mujer conducida por un gendarme. Era una mujer de media edad, con las manos ligeramente encallecidas y las piernas algo arqueadas.

Lo primero que hizo fue lanzar un gritito al ver a la mujer colgada.

—¡Pobre señora Berthe! —gimió—. ¡Qué horror! ¿De verdad está muerta?

—Más muerta que Matusalén —confirmó el inspector.

—Pues entonces... ya que no me oye... ¡Maldita y condenada puerca! ¡Sucia bruja! ¡Lástima que haya tardado tanto tiempo en diñarla!

—Parece que no le tenía usted mucha simpatía, ¿eh?

—Ninguna. Era una vampira. Nadaba en oro y, sin embargo, procuraba siempre robarte un franco. Y eso que para poner en orden sólo sus tarros de perfume ya tenía que pasarme media mañana.

Corbier hizo un gesto de hastío.

—Bueno, cálese. Supongo que usted ocupaba media mañana haciendo un trabajo que podía hacerse en diez minutos. Es la mujer de hacer faenas, ¿no? ¿Cuándo empezó a trabajar para ella?

—Hace dos años. ¡Pero yo no la he matado! ¡Estaba trabajando en otra casa cuando han venido a buscarme! ¡Hacía dos días que no me acercaba por aquí!

—No se trata de eso, abuela. Sólo quiero que me diga si así, a primera vista, falta algo.

La mujer paseó por las lujosas habitaciones una mirada llena de avidez, como si de pronto todo aquello pudiera ser suyo.

—No, así a primera vista no encuentro a faltar nada. Aunque... Bueno, tal vez... Sí, eso estaba aquí.

—¿Qué estaba aquí?

—La tabaquera o la polvera de oro. Nunca he sabido bien para qué servía. Pero era una pieza única y muy antigua, que esa mujer tenía en gran estima.

Corbier chascó dos dedos y señaló a Basile.

—Tú, mueve la tripa y da los datos iniciales a los patrulleros. Primero, es posible que al culpable o a la culpable les huelan ligeramente los dedos a cloroformo. Segundo, tal vez lleven encima una tabaquera o polvera muy antigua, de oro macizo. Di que empiecen a hurgar de una manera discreta, sin molestarse demasiado. Tampoco quiero cansar a la gente. Por ejemplo, que empiecen por lo alto de la torre Eiffel y terminen por las cloacas. Dentro de media hora quiero saber alguna cosa. ¡Hala, arreando!...

—Es usted un ángel, jefe. Dentro de un par de siglos, cuando usted se muera, todos sus subordinados le erigiremos un monumento.

—Tampoco hace falta que me lo agradezcan. Yo me limito a ser un padre para ellos. Total, acabo de hacerles un encarguito de nada... Ah, otra cosa, Basile.

—Ya me extrañaba que diera a los patrulleros tan poco trabajo, jefe. No hubieran sabido qué hacer.

—¿Quién es el polizone que mejor conoce los ambientes deportivos? ¿Quién se deja caer los sábados por las sesiones de *catch*?

—Grosson. Pero ése va sobre todo cuando hay lucha libre de mujeres.

—Pues ahora que busque a esos hombres. Quiero que localice a todos los que tienen su retrato aquí. Ah, y que justifiquen minuto a minuto lo que han hecho en las últimas doce horas.

—Por supuesto, inspector. ¿Nada más?

—Sí. Haga que me suban un bocadillo de carne picada.

Y dirigió tranquilamente una última ojeada a la muerta.

Lo más extraño del caso era que no se sabía por dónde diablos podía haber entrado el asesino. La puerta estaba cerrada con llave por dentro, y las ventanas también estaban cerradas. Además resultaba imposible descolgarse hasta ellas porque estaban a gran altura y, en pleno día, la gente lo habría visto.

Corbier farfulló, haciendo un primer resumen de la situación:

—El punto más difícil es ése; ¿cómo entró el culpable? Ahora bien, cabe la posibilidad de que ella misma le abriese, por conocerlo, y luego volviera, a cerrar.

Basile, que ya había vuelto, susurró:

—Muy bien, pero entonces, ¿cómo pudo salir?

—Hum eso es algo que me temo que no nos explicaremos nunca.

—¿Las ventanas?

—Me he enterado ya de que no hay empresa limpiacristales que cuide de ellas —susurró el inspector—. Nadie ha podido descolgarse hasta aquí.

—Además lo hubieran visto. Era pleno día.

—Cierto.

Corbier dio unos pasos con las manos a la espalda mientras examinaba aquella especie de jaula de oro con expresión reconcentrada.

—Lo evidente es que ella tuvo que abrir y luego cerró desde dentro —dijo, traduciendo en voz alta sus propios pensamientos—. Después, el asesino salió por la ventana. ¿Pero cómo? ¿Es que acaso era un pájaro? No hay ni una terraza, ni una simple cornisa en la que poner los pies. He comprobado todo eso. Tampoco pudo huir

por la chimenea, ya que el tubo es demasiado estrecho.
Caminó hacia una de las ventanas y la abrió bruscamente.
Todo estaba bien. Nada de aquello había sido forzado.
Y entonces lo vio.
Estaba a un lado de la fachada.
Parecía una mancha de sangre.

Corbier gruñó:

—Eh, usted, Basile, mueva la panza y venga.

Basile se asomó también.

—Hum... Ni que fuera una mancha de sangre, inspector.

—Pero usted ve que no lo es.

—No. Es un trozo de paño rojo como los que emplean los camioneros para señalar cuando la carga sobresale de la caja. Ha quedado enganchado en ese pequeño saliente.

—¿Pero cómo diablos ha llegado hasta ahí?

Basile sugirió:

—Tal vez el viento...

—Hum... No acabo de creerlo. De todos modos, no debe tener relación con el crimen, porque está algo lejos de la ventana. ¿Tenemos en la policía alguna especie de hombre-gato que pueda llegar hasta allí?

—No, no tenemos ninguno que quiera dejar a su mujer viuda tan pronto, inspector.

—¿Y si alguien se descolgara desde arriba?

—Tendría que esforzarse mucho para llegar hasta ahí. Yo creo que lo mejor es usar un helicóptero y que desde él empleen un garfio.

—De acuerdo —accedió Corbier—, que lo hagan. Llame usted mismo a la prefectura, Basile. ¿Y qué hay de los patrulleros?

—Los sospechosos de costumbre no sueltan prenda, inspector. En cuanto a los luchadores de *catch*, todos han justificado su tiempo. Y algunos de ellos dicen que jamás han tenido tantas ganas de partirla a una mujer la columna vertebral como a... a...

Señaló hacia arriba, pero la muerta ya no estaba allí. Se la habían llevado a la Morgue después de sacar de ella al menos tres docenas de fotografías.

—Ya suponía que no era ninguno de ellos. Los luchadores suelen

ser buena gente, al igual que los boxeadores. En cuanto bajan del *ring*, no se enfadan ni aunque les pises un callo.

—Queda el portero.

—¿Y el portero qué dice?

—No hay nada con él. El muy hijo de zorra hubiera aceptado gustosamente las caricias de la vieja, porque lo que quiere es dinero fácil y sacarlo como sea. Pero fue ella la que no quiso.

—¿Por qué? Yo lo he visto al pasar y el tipo no es feo.

—Pero le huele el aliento. Parece que el fulano fuma tabaco barato como un condenado. Ella era una mujer finolis y que no soportaba un detalle tan vulgar.

Corbier anduvo otra vez por la habitación, dirigiendo a todas partes miradas asesinas.

Estaba seguro de que todo aquello tenía que ser sencillo; tenía que estar, como quien dice, al alcance de su mano, pero se le había escapado hasta entonces una y otra vez.

Eso suele pasar.

Uno se fija una y otra vez en todos los detalles y olvida el más importante.

Al fin rechinó los dientes.

—¡Ya está! ¿Cómo no lo hemos pensado antes? ¡Hemos encontrado a la muerta en la sala de masaje y no se nos ha ocurrido! ¡Es completamente imperdonable!

—¿En quién está pensando, jefe?

—En el masajista, por supuesto.

—Me parece que por ahí no haremos nada. Los masajistas suelen ser un gremio bastante serio, después de todo. Muchos de ellos incluso están afiliados a federaciones deportivas.

Corbier puso un cigarrillo entre sus labios.

—De todos modos busque a éste. Quiero saber quién era. Y que registren su casa hasta debajo de los ladrillos. Podríamos haber dado con el primer sospechoso, si tenemos un poco de suerte.

Basile se movió.

Lo primero que hizo fue preguntar si el masajista había sido visto allí aquel día, pero le respondieron negativamente. Claro que eso no probaba nada. Por fin encontró a una vendedora de periódicos que dijo haberle visto salir de la casa, aunque no recordaba bien la hora.

De todos modos, un buen dato.

Se lo dijo a Corbier.

Éste, mientras tanto, ya había localizado por su cuenta — sabiendo que sería más rápido que Basile— al masajista de la muerta. Ordenó inmediatamente que le echaran el guante y que lo llevaran a la sala de identificación.

Naturalmente, el masajista juraba por su madre que no sabía nada de nada.

Corbier, Basile y unos cuantos más se situaron en la sala de identificación, hundidos en un rincón cargado de penumbra. La vendedora de periódicos fue situada ante la pasarela radiante de luz. Once hombres, uno de los cuales era el masajista, se plantaron ante ella. Todos resultaban parecidos e iban vestidos más o menos de la misma manera.

El inspector barbotó:

—¡Eh! ¡Que retiren a ésa!

Uno de los «hombres» situados a la izquierda hizo marcha atrás mientras lanzaba una sarta de maldiciones.

—¡A una no la dejan vivir, inspector! ¡Esto no es democracia ni es nada! ¡Por una vez que puedo vestirme de hombre!

—¿Dónde te han detenido, Sissi?

Ella se limitó a gritar:

—¿Para eso ganamos la revolución y conquistamos la Bastilla? ¡Me gustaría saber dónde están las libertades de Francia!

—Déjate de libertades y cuenta lo que hacías. Te han pescado en el Metro, ¿no?

Un agente contestó por ella.

—Sí, inspector; en las intermediaciones de la estación de Pyramides. Estaba tratando de conquistar a una chica.

—¡La muy guarra!

—¿Y qué? —chillo Sissi—. ¿Y qué si no me gustan ustedes? ¡Los guarros son los hombres!

Y se largó mientras un par de sujetos de los que estaban allí para identificación le hacían guiños.

—Oye, yo te demostraré que te equivocas, nena...

Corbier barbotó:

—¡Cállese!

Luego señaló a todos los que estaban allí.

—Fíjese bien, señora. Dígalo sin ninguna duda, porque si tiene dudas debe callarse. ¿Vio a alguno de esos hombres salir de la casa donde se cometió el crimen?

Ella no vaciló.

—Sí. Era ése.

—¿Seguro?

—Seguro del todo.

Corbier chascó dos dedos.

—Perfecto. Ése es el masajista de la señora Berthe. Eh, muchachos, llevadlo a la prefectura y apretadle las clavijas. Que justifique su tiempo minuto a minuto. Pero nada de vaguedades. Quiero nombres, direcciones, horas comprobadas, testigos y todo lo que cuelga. ¡Andando!

El hombre, un joven de apenas veinticinco años gritó:

—¡No conseguirán nada, inspector! ¡Yo no sé nada de todo eso! ¡Se han vuelto locos! ¡Soy inocente!

—Me extrañaría que dijeras lo contrario, chato Hala, fuera.

Y el detenido fue sacado de allí. En aquel momento un ayudante dijo algo al oído de Corbier.

Los ojos de éste se iluminaron.

—¿Qué dice? ¿Que en casa del masajista han encontrado la polvera de oro?

—Sí, inspector. La tenía escondida, pero con bastante mala sombra. No ha sido difícil.

Corbier se frotó las manos, satisfecho.

Sabía que aquel asunto, según como rodaran las cosas, podía ser un asunto de guillotina.

Pero no le preocupó lo más mínimo. Allá el tribunal con sus líos.

Por él, caso resuelto...

CAPÍTULO II

UNA MUCHACHA INCANSABLE

La casa era alta, estrecha, y debía haber sido edificada en tiempos de Enrique IV. Toda ella era de piedra, en la cual aparecían ya abundantes grietas. Las ventanas eran de cristales emplomados, y todo el edificio en conjunto causaba esa impresión que producen los viejos inmuebles habilitados para museos, para archivos nacionales o para bibliotecas donde los volúmenes duermen a veces un sueño de siglos.

Jessica se detuvo, abrió su bolso y extrajo de él la tarjeta donde constaba la dirección.

Sí, era aquélla, no cabía duda alguna.

Además, llevaba aún encima aquel anuncio de *Le Fígaro* donde había leído la petición:

«Se solicita mecanógrafa rápida para guionista cinematográfico. Preferible con experiencia en esta clase de trabajo. Excelente retribución a convenir».

La dirección era aquélla.

Jessica penetró en el estrecho portal mientras se decía, con desaliento, que probablemente no podría pagarle muy bien el hombre que no tenía más remedio que vivir en aquella casa.

Pero, una vez dentro, se llevó una sorpresa.

El vestíbulo estaba alfombrado en rojo y restaurado por completo. Un ascensor silencioso funcionaba al fondo, sin romper la casi mágica armonía del conjunto. La calefacción funcionaba al máximo, eliminando el frío secular de las viejas piedras. Tras un *comptoir* de caoba reluciente, un conserje la examinaba de pies a

cabeza con una expresiva sonrisa.

Jessica cambió en un instante su concepto del edificio. Aquélla no era una casa ruinoso para viejos jubilados, sino un edificio clásico donde millonarios hastiados de todo se dedicaban a sus *hobbys* en un ambiente lleno de sugerencias.

Sus ánimos se elevaron como la espuma en una jarra. Seguramente le pagarían bien.

El guionista que habitaba en aquel lugar no debía ser un cualquiera.

¿Qué películas pretendía hacer? ¿Enigmáticas, como alguna de Julien Duvivier? ¿Ambientales, como las de Marcel Camus? ¿Sorpresivas como las de Truffaut? ¿Nostálgicas como las de la buena época de René Clair?

La voz del conserje sacó a Jessica del pozo profundo en que la habían hundido sus pensamientos.

—¿Señorita?...

Jessica alzó la cabeza.

—Quisiera ver al señor Auguste Rambler, guionista cinematográfico.

—Ah, ya... —en la voz del conserje sonó un leve tono de desencanto. A lo mejor el tío pensaba que Jessica había venido a verle a él—. Segundo piso. No se equivocará; toda la planta está ocupada por el señor Rambler.

—Gracias.

La muchacha tomó el ascensor.

El vestíbulo alfombrado pareció llenarse de un especial encanto con la sola presencia de su figura esbelta con el roce de sus zapatos de alto tacón y el brillo mate de sus medias.

El conserje dijo:

—¡Cuerno!

Y se le quitaron instantáneamente las ganas de hablar. Buscó en el periódico *Le Monde* de aquel día por si había algún curso para hacerse rápidamente guionista cinematográfico por correspondencia.

Auguste Rambler resultó ser un hombre mucho más joven de lo que Jessica pensaba.

No era un crío, desde luego, pero tampoco tenía esa edad que se

supone ha de tener un fulano que contrata secretarias *made in France* y vive en una especie de castillo feudal convertido a fuerza de billetes en una bombonera de lujo.

Auguste Rambler tendría unos treinta y cuatro años. Vestía, eso sí, como Jessica imaginaba que han de vestir los guionistas de éxito: pantalón gris, americana *sport* bien cortada, camisa finamente estampada y pañuelo anudado al cuello, sustituyendo con ventaja la corbata. Un olor a colonia fresca y a tabaco rubio terminaban de perfilar la silueta de aquel hombre, que hubiera podido aparecer perfectamente en la portada de una revista del gran mundo.

El tipo no estaba mal, además. Tenía unas facciones agradables y viriles, unos ojos castaños que sabían mirar intensamente y una figura esbelta y cuidada de hombre que hace mucho deporte. Indicó a Jessica que se sentase en una de las butacas de su hermoso despacho tapizado de rojo.

Era educado, además de todas las otras cosas.

Jessica cruzó las piernas, y observó con cierto secreto desencanto, que él no las miraba ni una sola vez.

Por el contrario, se sentó al otro lado de su mesa, a cierta distancia de ella, y observó a través de la ventana lo que podía verse desde aquel barrio del viejo París, cercano a la plaza de los Vosgos.

—¿Cómo se llama usted, señorita?

—Jessica Albert.

—¿Francesa?

—Por supuesto, *monsieur*.

—No me llame *monsieur*, se lo ruego. Hay palabras que le envejecen a uno de una manera misteriosa. Llámeme Auguste.

—Con mucho gusto, si usted me lo permite.

Jessica contestaba con mucha seriedad, como una chica muy formalita, pero tenía cuidado de no bajar ni un milímetro la falda que estaba muy por encima de la línea de sus rodillas.

—¿Tiene experiencia cinematográfica? Quiero decir, ¿ha copiado guiones antes de ahora?

—Sí.

—¿Para qué guionista?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabe?

Jessica sonrió un poco confusa, pero realmente había dicho la verdad.

—No lo sé porque hacía el trabajo indirectamente. Una amiga mía estaba empleada en una productora. Le daban guiones a copiar, y ella me los traspasaba a mí, reservándose un cuarenta por ciento del precio. Yo hacía el trabajo en casa y nunca me enteré para quién era realmente. Pero quiero decirle con esto..., quiero decirle que estoy familiarizada con los encuadres, los planos y los términos técnicos que emplea un guionista de cine. Puedo hacer el trabajo a su satisfacción..., Auguste.

—De acuerdo, pero debo advertirle honradamente que el trabajo es agotador en extremo.

—¿Agotador? ¿Por qué? Yo he copiado largas horas sin fatigarme.

—Es que se trata de empezar un guión y terminarlo. Terminarlo... justamente en tres días.

—¡No es posible!

—Por eso le digo que habrá que trabajar intensamente.

La muchacha suspiró de una forma animosa.

—Al menos tendrá pensado el guión en todos sus detalles, ¿no?

—No tengo ni idea.

—Eso no es posible, *monsieur*..., digo Auguste.

—¡Claro que es posible! Usted no conoce cómo se trabaja en este loco mundo del cine, Jessica —el hombre parecía haberse exaltado de repente—. Durante meses y meses no hay trabajo, no hay nada que hacer, y uno empieza a pensar que va a terminar pidiendo limosna en un *boulevard* o comiéndose los puños de la camisa. Va a ver a los productores y te dicen que hay que esperar, que todavía hay muchos trámites. Por fin se llega a un acuerdo para el guión, uno se pone a trabajar como Dios manda, es decir, calmamente, y termina su trabajo en el plazo convenido. Va y lo entrega.

Se puso en pie, fue a un mueble bar que había en un ángulo de la estancia —consistente en un gigantesco globo terráqueo que se abría por la mitad—, y sin transición se puso a llenar dos vasos de *whisky*.

—Va y lo entrega... —repitió—, pero se lleva un desengaño. De repente el productor ha descubierto a una chica que es todo un hallazgo, que es todo un bombón y que resulta una gran artista

porque tiene unas piernas de campeonato. ¡Claro! ¿Cómo no se va a ser buena artista con unas piernas así? A partir de ese momento, el productor está convencido de que todo el mundo es idiota menos la chica. Lo primero que se le ocurre, naturalmente, es que hay que reformar el guión.

Sin mirar a la muchacha le tendió un vaso de *whisky* puro. Ella lo tomó tímidamente.

—Hay que reformar —continuó— el guión porque resulta que en la idea primitiva del argumento la protagonista era una monja misionera en el Congo, y una monja misionera no puede enseñar las piernas. Por consiguiente hay que transformarla en una artista de *cabaret*. Naturalmente este *cabaret* sigue estando en el Congo, pero el productor piensa entonces que a su descubrimiento le cae maravillosamente un abrigo de piel de oso polar que él acaba de regalarle. ¡Nada más fácil! Se llama al guionista y se le dice que la acción ha de transcurrir en Helsinki, porque si no, no hay película. Se piensa entonces que la protagonista podría ser una espía rusa. Eso, además, daría motivo para nuevas y más audaces exhibiciones de piernas. Los guionistas se ponen a trabajar, pero en ese momento se descubre que el embajador ruso y el presidente Pompidou se han bebido juntos media botella de champaña. ¡Nada de espías soviéticos! ¡Quién sabe si la película no podría ser exportada fuera de las fronteras de Francia! Entonces se decide trasladar la acción al Canadá, y la chica del *cabaret* pasa a ser la novia de un trampero celoso. Normalmente, a estas alturas, el guionista ya no sabe si su protagonista es una santa misionera, una burguesa, una espía o una prostituta. No sabe si la matarán unos caníbales, si la devorará un oso o se la llevará el FBI metida dentro de una jaula. Pero las complicaciones no han terminado ahí.

Bebió un largo trago de *whisky*, animó a la muchacha a hacer lo mismo con un gesto y continuó:

—¡Claro que no han terminado ahí! De repente una mañana el productor se levanta y se da cuenta de que está al borde de la ruina. Ya ha gastado un montón de francos con su nueva estrella, ha ofrecido tres banquetes, ha asistido a tres ruedas de Prensa para hacer propaganda y ha pagado al menos dos publrreportajes en el *París Match*. ¡Además los guionistas están cobrando, cobrando los muy indecentes desde que él empezó a meter en el guión sus ideas!

Entonces da una orden tajante: «Se empieza a rodar dentro de tres días». Uno tiene que olvidarse de todo lo que ha hecho y montar en este tiempo un guión cualquiera en el cual salga la chica y las piernas de la chica. Normalmente el guión será una birra, pero como el productor ya está aburrido, hay grandes probabilidades de que le parezca maravilloso. —Abrió los brazos y susurró—: Ése es mi caso, señorita Albert.

Jessica sonrió.

Había bebido un sorbo de *whisky* puro y éste le quemaba la garganta, pero a pesar de esto sonreía. Sonreía casi feliz.

—Es usted un tipo divertido, Auguste, si me permite que se lo diga.

—¿Yo divertido? ¿Por qué?

—Tiene una visión muy personal y muy humana de lo que son esas cosas.

—No he hecho más que reflejar la pura realidad.

—¿Y el guión que ha de terminar en esos tres días es de los de esa clase?

—Ujú.

—¿Para qué director trabaja?

—No sé aún quién la dirigirá. Supongo que será una persona con categoría, porque no piensan escatimar cien francos.

—¿Y qué clase de película?

—Policíaca. Policíaca de «suspense».

Jessica lanzó un suspiro.

—Eso es más difícil.

—Sí... Uno puede inventar una historia sentimental en tres días, con su chica cándida que luego resulta un gavilán y con un conquistador que se las sabe todas, pero al que acaban metiendo atado de pies y manos en una sacristía. Al público, sobre todo a las mujeres, les gusta eso, quizá porque son un poco sádicas. Pero una trampa policíaca que sea un poco ingeniosa resulta más difícil de inventar.

Bebió otro sorbo de *whisky* y añadió volviéndose bruscamente hacia la muchacha:

—Por eso le he dicho que el trabajo sería muy duro. Páginas enteras que se han copiado amorosamente, luego tienen que ser destruidas. El que es bueno al principio puede transformarse luego

en malo que da náuseas. Quizá sea preciso pasar dos noches sin dormir, lo cual no está al alcance de cualquier muchacha.

Jessica apretó los labios con un gesto de decisión.

—Yo estoy dispuesta a intentarlo... y a salir airosa de la prueba.

—¿Sabe que antes se han presentado otras aspirantes al puesto? Pero he tenido que desecharlas.

—¿Por qué?

—Eran demasiado viejas.

Cosa curiosa, a pesar de lo que acababa de decir, el hombre no se había fijado aún en sus piernas.

—¿Temió que no pudieran resistir esos tres días de ininterrumpido trabajo?

—Es eso. ¡Acertó!

—Yo puedo resistirlos. Si la fatiga me vence, si dejo el trabajo a medio terminar, no me pague.

Había en la muchacha una decisión ingenua y casi conmovedora, pero Auguste Rambler no pareció advertirlo.

La referencia al pago, le situó al fin en el terreno de las cosas absolutamente concretas.

—¿Cuánto quiere usted ganar, señorita Albert?

—Cien francos diarios.

El hombre no discutió el precio.

—Tres días trescientos francos. Si terminamos el trabajo puntualmente le daré quinientos, señorita Albert. Lo haré incluso si el trabajo se retrasa por culpa mía, no suya. Aunque no se retrasará, desde luego. Si ocurriese así yo perdería una colaboración que puede darme grandes beneficios.

Volvió a su mesa y entonces, por primera vez, pareció fijarse en las rodillas de la chica.

Parpadeó dos veces. Tres. Cuatro.

Fin. Nos exponemos a que el editor haga cortar esta página.

Cuando hubo mirado las rodillas de la chica, cuando se hubo dado cuenta de que una joven tan maravillosa existía realmente y además estaba allí, Auguste Rambler suspiró con cansancio.

Parecía preguntarse si una belleza semejante no sería un obstáculo para la buena marcha del trabajo, y Jessica leyó aquella pregunta en los ojos del hombre.

Inmediatamente hizo lo que hasta entonces no había hecho, la

muy ingenua.

Se estiró un poco la falda.

—Soy una persona de absoluta seriedad, señor Rambler —dijo con un tono lleno de eficiencia.

—No lo dudo, pero deberá usted dormir aquí. Me pregunto si ha pensado en eso, señorita Albert.

—No..., no lo había pensado. ¿Es indispensable?

—Desde todos los puntos de vista, señorita Albert.

Ella se mordió el labio inferior.

Sus ojos brillaron un momento.

—Acepto —dijo al fin, con voz perfectamente opaca.

—¿Por qué acepta, señorita Albert? ¿Se da cuenta de que, en estas circunstancias, el trabajo puede no ser interesante?

—Necesito el dinero. Necesito ese dinero angustiosamente.

—¿Por qué?

La muchacha dijo con un soplo de voz:

—Mi único hermano va a morir. Será ejecutado dentro de cinco días.

CAPÍTULO III

LA CUENTA ATRÁS DEL VERDUGO

El abogado Besnier tenía cinco cosas que casi todos sus colegas y sus no colegas le envidiaban.

Esas cinco cosas eran:

Un despacho despampanante en los Campos Elíseos, con una clientela despampanante también.

Una cuenta corriente en la central del Credit Lyonnais que le daba derecho a llevarse casi, casi la mitad del edificio.

Un castillo en Normandía.

Un «Jaguar» color blanco y un «Mercedes» color gris.

Una estupenda secretaria para todo, que él cuidaba muy bien de cambiar cada temporada.

Claro que había otra cosa que nadie le envidiaba, y eran los cincuenta y cinco años largos que llevaba sobre sus espaldas.

En fin, ése, más o menos era Besnier.

Aquella mañana estaba muy ocupado preparando una demanda contra el Estado francés a causa de unas expropiaciones cuando entró en el despacho Jacques Tordu, uno de sus ayudantes.

Jacques tenía sobre su jefe la ventaja de contar sólo veinticinco años, pero todo lo demás eran pegas. Porque él no tenía ni «Jaguar», ni castillo, ni secretaria intercambiable ni nada.

Sólo unos enormes deseos de trabajar y un gran amor a su profesión, lo que si bien se mira, en estos tiempos por los que corremos, no es gran cosa.

Esperó a que su jefe levantara los ojos de los papeles y puso un abultado *dossier* encima de la mesa.

—La condena de René Albert —dijo.

El ilustre abogado Besnier arqueó las cejas.

—¿La condena de quién? ¿De qué?

—Todo el sumario de René Albert. Está condenado a muerte y usted prometió salvarle la vida.

—¿Prometí? ¿Prometí? Bueno, para eso habrá tiempo, ¿no?

Jacques Tordu suspiró cansinamente ante el despiste de su jefe.

—Lo ejecutan dentro de cinco días.

—¡Diablos! Lo ejecutan. Eso está mal. ¿Y por qué?

—Usted lo sabrá, puesto que aconsejó una revisión de la causa a su hermana, la señorita Jessica Albert.

El nombre de Jessica dispuso por fin las espesas brumas que cubrían el cerebro de Besnier. Puso los ojos en blanco.

—Ah, aquella chica... Una maravilla, Tordu puede creerme... Una maravilla. Lástima que no quisiera emplearse como secretaria. En fin, yo le dije que me encargaría de salvar a su hermano; pero no contaba con que me llegaría con urgencia ese asunto de las expropiaciones. ¿Sabe lo que significa este asunto, Tordu? Está metida en él una de las sociedades inmobiliarias más importantes de Francia, y se ventilan dos centenares de millones de francos. Naturalmente no puedo dejarlo. Además..., ¡además yo no sé por qué me enredé con esa chica! Quizá eran sus ojos inocentes o quizá sus rodillas, que ella enseñaba un poco más de la cuenta. El caso es que le hubiera prometido salvar al mariscal Petain, a pesar de que hace años que el mariscal está muerto. Bueno, ¿y qué hago yo ahora?

—Supongo que habrá pensado algo para la revisión del proceso.

—¡Es que es todo tan urgente! Necesito una prueba maciza, una prueba construida con pedazos de roca para que el tribunal no pueda deshacerla. Ese hombre estaba condenado por el asesinato de una anciana, ¿no?

—Justo; eso es.

—Y la tesis del abogado que lo defendió consistía en afirmar que... se trataba de un suicidio, ¿verdad?

—Exacto.

Besnier tenía en realidad una memoria infalible, y no olvidaba un dato de un proceso, aunque en la cabeza tuviera otros cien más.

—Yo pensaba demostrar que el día y a la hora del crimen estaba en otro sitio. ¿Pero cómo lo hago? Sólo con una prueba inatacable será aplazada la ejecución y revisado todo el proceso. ¿Qué hago?

—Besnier alzó los brazos al cielo—. *Mon Dieu!* Ya estoy viendo que me comprometí demasiado aprisa con una chica que tenía las piernas bonitas. Lo malo es que..., ¡lo malo es que entonces me pareció tan fácil!...

—Las mujeres hacen que todo nos parezca fácil, señor Besnier. Hasta el problema de mantenerlas.

—El caso es que ahora hay que buscar esa prueba.

—Usted pensaría ya en algo, ¿no?

—Pensaba en ir a ver al condenado, como primera medida. Esas entrevistas raramente me fallan, Jacques, ya lo sabe. Si se trataba de un inocente lo hubiera captado enseguida y a partir de ahí todo lo demás se habría hecho posible. ¡Pero no tengo tiempo! ¡A duras penas podré atender lo de esas expropiaciones antes de que expire el plazo! ¡Si voy a ver a ese hombre a la Santé y me ocupo de su asunto, voy a ser responsable de que otros clientes pierdan dos centenares de millones!

—En tal caso no debió aceptar el asunto —se atrevió a decir Jacques.

Otra vez Besnier volvió a alzar los brazos al cielo.

No dijo nada. ¿Qué iba a decir?

Jacques se hizo cargo de que no se puede echar del despacho a una chica despampanante y que además está cargada de esperanza.

—De todos modos hizo mal —susurró—. Debió pensar que es usted un hombre muy ocupado.

—Lo pensé, pero... ¡Oiga, Jacques!

—¿Qué?

—¡Usted va hacerse cargo de este asunto!

—Me lo temía. No debí haber entrado aquí.

—Vaya inmediatamente a la Santé a ver a ese hombre y hable largo y tendido con él. Trate de sonsacarle lo que su abogado defensor no le sacó. ¡Trate de hallar algo que nos sirva para encontrar una prueba antes de cuatro días exactos! ¡En el que haga cinco ya será demasiado tarde!

—He leído las actas del proceso y... me temo que ello será imposible.

—¿Imposible? ¿Por qué?

—El dice que visitó a la vieja, a la cual daba masaje todas las semanas. Ya sabe lo que ocurre con esas viejas loros de la *dolce*

vita, señor Besnier. Se derriten porque un muchacho les de masaje en sus carnes fofas. Luego él vio en una repisa una polvera de oro puro, tuvo un mal pensamiento y se la llevó. A continuación, estuvo vagando por las calles, por las calles donde no le conocía nadie y sin ver a ningún amigo que pudiera testificarlo. ¿Qué clase de prueba puede buscarse en una situación así? ¿Cree que es posible?

Besnier suspiró con cansancio.

—Me hago cargo, pero de todos modos vaya a verle. Y recuerde que son cuatro días, no cinco. A la madrugada del quinto tendrá lugar la ejecución.

Jacques salió del despacho sin saber por dónde empezar.

El condenado a muerte ya podía ponerse a rezar por anticipado.

CAPÍTULO IV

DINERO PARA EL DIFUNTO

—¿Para salvar a su hermano necesita tanto dinero? —preguntó suavemente Auguste Rambler—. Bueno... —rectificó—, ya me hago cargo de que no es ninguna fortuna lo que voy a pagarle. ¿Pero es que con ese dinero va a conseguir cambiar una sentencia de muerte?

—No lo sé..., pero al menos debo intentarlo —se retorció los dedos angustiosamente—. Los honorarios del abogado Besnier serán elevados. Es uno de los más prestigiosos y caros de Francia.

—Me temo que no tendrá bastante con lo que yo le pague. Quinientos francos no son nada.

—Con eso y con unos pocos ahorros, creo que podré hacer frente a la situación, al menos de momento.

La mirada de la muchacha era sincera; su expresión era dulce y suave; sus dedos temblaban levemente.

¡Y además tenía unas piernas como para dar detrás de ella la vuelta a Francia!

Rambler se declaró convencido.

—De acuerdo, Jessica, queda contratada. ¿Cuándo puede empezar a trabajar?

—Ahora mismo, por supuesto. Y... muchas gracias.

Rambler terminó el contenido de su vaso de *whisky*. La muchacha dejó el suyo casi intacto encima de una mesita.

Se despojó de la chaquetilla de su vestido «dos piezas» y su figura se realzó casi mágicamente a la luz del atardecer. Auguste Rambler abrió mucho los ojos. Luego los cerró pensando quizá en un *strip-tease* imposible. Ella ya se había sentado ante la máquina que estaba a un lado de la suntuosa habitación.

—Podemos empezar, *monsieur*.

—¿Empezar? Infiernos, es terrible esa palabra cuando uno no tiene ideas... Veamos... La acción debe empezar en París, ¿no? ¿Qué le parece París, Jessica?

—Pues que es una ciudad maravillosa.

—¿Y lo suficientemente enigmática para una película de suspense?

—En según qué barrios, París es casi digno de una película de Drácula. Puede estar tranquilo.

—Es que no se tratará de una película de ambiente sórdido, sino más bien de clase media. ¿En qué calle de París podríamos situar la acción?

Jessica se maravilló un poco de que un guionista profesional como Rambler tuviera tan pocas ideas sobre el guión que había de escribir, y que se viese obligado a improvisar de tal modo. Pero silenció estos argumentos, mientras miraba exclusivamente a la máquina.

En vista de que no contestaba, Rambler dijo:

—Esta calle está cerca del Panteón. Es un buen sitio.

—En efecto.

—¿La rué Soufflot?

La muchacha empezó a escribir obedientemente: «Escenario en la rué Soufflot». Se volvió luego a Rambler para preguntar:

—¿Día o noche?

—De día. Una película de suspense debe graduar las emociones de poco a mucho, y si empieza de noche el espectador tiene la sensación de que la han iniciado por el final. Vamos a imaginar la rae Soufflot de día, con sus centenares de estudiantes de todas las razas caminando arriba y abajo por ella. Vamos a imaginar con el tráfico de coches que le es habitual. La cámara se desplazará por ella y ascenderá hasta una ventana.

La muchacha escribió:

«*Travelling*. La cámara recoge el ambiente de la rué Soufflot a una hora agitada del día. Impresionante tráfico de coches en todas direcciones, y centenares de estudiantes de todas las razas caminando por ella arriba y abajo. La cámara asciende entonces, siguiendo el

travelling, hacia una ventana».

Jessica alzó la cabeza.

—¿Qué clase de ventana?

—Oh, es indiferente... Bueno, tal vez tratándose de los primeros planos convendrá que esta ventana tenga algo especial, capaz de llamar la atención del espectador. Por ejemplo, que haya junto a ella, en la pared, una mancha de sangre.

La idea sorprendió a la muchacha.

—¿Una mancha de sangre?

—Bueno, no exactamente eso, porque no está justificada una mancha de sangre en una pared a gran altura, pero debe dar la sensación. Luego la cámara seguirá ascendiendo para enfocar un andamio que está en la ventana superior. En él veremos que esa ventana está siendo pintada de rojo, y una mancha ha caído sobre la pared, un poco más abajo.

—¿La película será en colores?

—Sí.

Jessica sonrió.

—Me parece todo ello una excelente idea.

—De vez en cuando tengo algunas, pero no siempre.

Jessica se puso a teclear. No necesitaba que él le diera la descripción de los planos. Había copiado muchos guiones y sabía en cada momento qué orientaciones se tenían que dar al director. Después de unos minutos de trabajo volvió a alzar la cabeza.

—¿Qué se ve en esta ventana?

—Pues... podría verse una mujer asustada, por ejemplo, pero significaría dar al público, ya de entrada, un plano demasiado detonante. Lo mejor es que se vea enmarcado en ella a un hombre que fuma pensativamente.

—¿Un hombre? ¿De qué edad?

—Eso lo decidiremos más adelante, de acuerdo con la marcha del guión. Ponga usted simplemente, «un hombre» y deje algunas líneas en blanco para la descripción. Ese hombre tiene un cigarrillo en los labios y un paquete entre sus dedos, el cual terminará arrugando como prueba de nerviosismo. El paquete puede ser de una conocida marca. Por ejemplo, «Winston». Sí, ponga «Winston».

La muchacha hizo lo que se le ordenaba, distribuyendo en forma

técnica las instrucciones del guionista. El trabajo no le iba pareciendo tan pesado ni tan aburrido como había temido al principio.

—De modo que tenemos una ventana que da a la rué Soufflot y un hombre fumando tras los cristales de ésta. ¿Qué más?

Auguste Rambler meditó durante unos instantes. Al fin volvió a ponerse unos dedos de *whisky* en el vaso.

Pareció buscar algo en sus bolsillos y no lo encontró.

—¿Necesita alguna cosa, *monsieur*?

—Sí, mis cigarrillos. Suelo llevarlos encima, pero ahora los habré dejado en una mesita que hay en el vestíbulo.

—Yo se los traeré —dijo Jessica dócilmente.

—Gracias.

La muchacha fue al vestíbulo, que era la habitación contigua, y efectivamente vio un paquete de cigarrillos sobre la mesa que ocupaba el centro de la pieza.

Los cigarrillos eran marca «Winston».

Jessica los entregó a Rambler.

CAPÍTULO V

UNA MUJER INQUIETA

—¿Dónde estábamos?

—Un hombre fuma un cigarrillo junto a una ventana que termina de describirme y acaba arrugando su paquete en prueba de nerviosismo, *monsieur*.

Jessica había vuelto a sentarse ante la máquina. De sus rodillas muy juntas, se desprendía el brillo mate de sus medias.

—Lo que hay que buscar ahora es una causa razonable para que este hombre esté nervioso —musitó Rambler.

—Cierto, *monsieur*.

A la muchacha casi le divertía observar las vacilaciones del guionista, y desde luego le admiraba que una cosa tan seria, y en torno a la cual se movían tantos intereses, pudiera ser improvisada de ese modo.

Sin embargo, ¿no son más frescas las ideas cuando se las deja libres? ¿No podría resultar así una gran película?

Rambler continuó:

—Evidentemente ese hombre ha de estar preocupado por algo, y el espectador ha de ir averiguando por sí mismo qué es lo que le preocupa. Supongamos que le han anunciado un crimen.

—¿Los crímenes se anuncian?...

—Quiero decir que le han amenazado.

—¿Con matarle a él?

—Oh, no... Eso sería demasiado simple. La gente no se emociona cuando la víctima va a ser un hombre, sobre todo un hombre sano y fuerte como el que lógicamente presentaremos en la película. Por supuesto resultará más natural que la presunta víctima sea una mujer.

—¡Si todavía no hemos hecho aparecer a ninguna!

—Ya aparecerá. Más bien... Más bien creo que esa mujer debe ser adivinada por el espectador. Por ejemplo, la conoceremos de momento tan sólo por medio de un retrato que el hombre tiene en la habitación. La cámara penetrará en ésta, pasará junto al hombre y enfocará el retrato a poca distancia.

La muchacha escribió sin dilación:

«Sigue *travelling*. La cámara penetra en la habitación donde se halla el hombre, pasa junto a él y enfoca en primer plano el retrato enmarcado de una mujer que se halla sobre una mesita...»

De pronto se detuvo.

—¿Cómo será esa mujer?

—Pues... Bueno, la verdad es que no tenía una idea muy clara. —Rambler se acarició un momento la barbilla—. Podría decirle que dejase la descripción en blanco, pero será mejor que afrontemos el problema ya desde ahora. En este punto, señorita Jessica, el cine tiene unas exigencias comerciales muy concretas. La presunta víctima, para que llegue a captar la atención del espectador, tiene que ser joven, atractiva y llena de, personalidad. Si la que va a morir es una vieja, la gente se pone a bostezar de la primera a la última fila. Por tanto describiremos una muchacha que reúna esas condiciones... —De pronto la miró fijamente—. Oiga...

—¿Qué, *monsieur* Rambler?

—¿Por qué no puede ser usted?

Jessica lanzó una carcajada. No se sentía alegre a causa de la inquietud que le hacía sufrir su hermano, pero aquella situación había llegado a hacérsela olvidar en parte.

—Yo no tengo vocación de víctima ni soy bonita, *monsieur* Rambler.

—¿Cómo puede decir eso? Usted es maravillosa.

—Usted me paga un sueldo, y no necesita alabarme, *monsieur*.

—No es alabanza. Además..., ¿para qué discutir? Usted no será, desgraciadamente, la protagonista de esa película, aunque lo merecería... Pero me será mucho más fácil trabajar si veo a los personajes, y uno de ellos puede ser usted. Luego el productor y el

director harán lo que les venga en gana, pero por el momento nosotros simplificaremos la cuestión. ¿Tiene inconveniente en describirse usted misma, Jessica?

Ella contuvo una sonrisa.

—¿Por qué había de tenerlo?

Tecleó rápidamente durante unos minutos, dando una descripción muy breve y objetiva de su propia figura. La verdad es que ella sabía que no era fea, pero ahora la cuestión tomaba, un aspecto nuevo. Le costó mucho trabajo hacer su propia descripción y ser al mismo tiempo absolutamente imparcial.

Luego levantó la cabeza.

—Situación resuelta, mi general.

—Parece que de usted un parte de guerra... Veamos lo que hace el hombre. El deposita el cigarrillo en un cenicero y mira el retrato, sin abandonar el semblante preocupado.

Jessica copió.

Los planos por ella descritos eran certeros y exactos, y el guión, aunque un poco a trancas y barrancas, avanzaba con más rapidez de lo que había sospechado al principio.

—El hombre hace entonces algo sorprendente —continuó Rambler—. Toma de un cajón de la misma mesita un poco de papel adhesivo negro y unas tijeras, corta un pedazo de ese papel y lo pega sobre el retrato, en diagonal.

—¿De la misma forma que se pone un detalle de luto sobre las fotos de los muertos?

—Justamente.

La muchacha copió, pero una leve arruga vertical se había formado entre sus ojos.

—¿Es que no le gusta la idea, Jessica?

—Me temo que la gente no la entienda. Es que así da la sensación de que la muchacha ya está muerta.

Rambler encendió un cigarrillo.

—Es que pretendo conseguir un golpe de efecto —dijo—. Haremos que la cámara se desplace a continuación siguiendo los movimientos del hombre. Éste abrirá una puerta, que corresponde a un dormitorio. Dentro estará la misma muchacha del retrato, dormida. Conviene que se encuentre sobre la cama y un poco *deshabillé*. Una mujer bonita y que insinúe alguna curva siempre

significa un buen principio para una película.

—Pero me temo, *monsieur*, que la gente, después de darse cuenta de que la muchacha no está muerta en realidad, no sepa si va a matarla el propio hombre que ya ha aparecido u otra persona distinta.

Rambler sonrió.

—El espectador no debe tener ninguna respuesta en los primeros planos de la película, Jessica. Sólo ha de tener interrogantes, de lo contrario el suspense acabaría enseguida. ¿Ve usted bien lo que acabo de decirle o prefiere que se lo distribuya en planos?

—No, gracias. Lo veo perfectamente. He copiado ya muchos guiones de cine, *monsieur*.

Jessica tecleó. Había dicho la verdad al afirmar que la situación se le aparecía claramente dibujada. La división en planos no representó para ella ninguna dificultad, aunque supuso que Rambler efectuaría luego una corrección a fondo y sería preciso copiar todo el guión nuevamente.

Iba a resultar un trabajo pesado, pero ella lo soportaría. Necesitaba angustiosamente aquel dinero en un último intento por salvar la vida de René. Necesitaba tenerlo en un par de días y no había ningún otro trabajo honrado que pudiera proporcionárselo tan rápidamente.

—Listo —dijo, al cabo de unos instantes.

Rambler consultó el reloj.

—¿No quiere descansar unos momentos, Jessica?

—No necesita molestarse por mí; no estoy fatigada.

—Es que voy a telefonar a mi productor. Quiero decirle que todo está en marcha y que cumpliré mi palabra. Puede usted aprovechar para estirar un poco las piernas y enterarse de cómo es este apartamento. No en vano va a pasar en él dos o tres días.

Ella se puso en pie sonriendo.

La verdad era que agradecía aquel pequeño alto. Trabajando a ráfagas quizá no se haría tan pesada la primera parte de la tarea.

Se ajustó un poco la falda que lamía la línea de sus caderas como una caricia, y mientras él se dirigía hacia el teléfono que estaba sobre la mesa, dirigió una mirada en torno suyo.

La habitación donde estaban, como ya había observado antes, era un despacho-*living* lujosamente amueblado, donde la austeridad

se conjugaba con la más refinada elegancia. Allí habían cuatro puertas.

Una daba al vestíbulo por el que ella había entrado. Las otras tres se abrían a otras tantas habitaciones ignoradas para la muchacha.

Haciendo uso del permiso que le había dado Rambler, empujó la primera puerta.

Ésta daba a un dormitorio también lujosamente amueblado, a cuyo fondo se distinguía la puerta entreabierta de un cuarto de aseo.

La muchacha cerró. Unir las palabras «dormitorio-hombre» siempre ha asustado un poco a las chicas decentes, por poca imaginación que éstas tengan a veces.

Abrió la segunda puerta.

Ésta daba a una pequeña cocina con *frigidaire* y aire acondicionado. Era muy pequeña y coquetona. El tipo de cocina que todas las mujeres han soñado alguna vez, aunque no lo digan al novio para no asustarlo demasiado pronto.

Rambler hablaba por teléfono. Su voz llegaba hasta la habitación clara y concretamente:

—Sí... Claro que tendré el guión. No me retrasaré ni un minuto del plazo fijado, se lo prometo.

—...

—No hay razón para que crea lo contrario.

—...

—¿Dice que vendrá a retirar los trajes?

—...

—¡Claro! ¡Venga a buscarlos cuando quiera! ¡No hacen más que molestarme!

Rambler colgó.

Desde el sitio donde estaba veía a la muchacha recortarse a la luz clara de la cocina, veía su silueta clara y elegante que parecía llenar la habitación de un modo misterioso, como si la habitación sin ella no fuese nada.

Pensó, por un momento, en algo que no era *strip-tease*. Pensó en un hogar donde le esperase una mujer como aquélla, un hogar que estuviese lleno de su distinción, de su presencia.

Meneó la cabeza, disipando aquella idea. Notó que Jessica le

miraba desde la puerta.

—¿Ocurre algo, *monsieur*?

—Nada. Ese imbécil del productor enviará a alguien para retirar sus trajes. Tiene seis o siete.

—¿Sus... trajes?

—El productor vivía antes aquí. Este apartamento es suyo. Me lo tiene cedido mientras yo resida en París.

—Ah, ya.

En la voz de la muchacha había palpitado, no sabía bien por qué, como un deje de desencanto.

—¿Así no es ésta su casa, *monsieur* Rambler?

—No. Yo vivo habitualmente en un sitio mucho más bonito.

—¿Dónde?

—Junto al mar, cerca de Mount Saint Michel.

—Debe ser un sitio maravilloso.

—Lo es. Sé que lo dice usted por simple cortesía, pero realmente es un sitio donde vale la pena vivir. Lamento que las circunstancias me obliguen a trabajar en París. ¿Qué le parece esto, Jessica?

—Es encantador.

—Luego me tendrá que ayudar a separar unos trajes. ¿Querrá?

—Por supuesto. ¿Continuamos?

—No, no... Descanse un poco más. Yo me prepararé otro *whisky* mientras refresco las ideas.

Jessica pensó que Rambler bebía demasiado, pero aquello, se dijo, no era asunto suyo.

Abrió la última puerta.

Ésta daba a un dormitorio mucho más pequeño donde supuso debería dormir ella si pasaba la noche allí. Había una cama de madera clara muy confortable, una butaca tapizada con cretona roja y una mesita situada junto a la ventana. Sobre la mesita había un marco portarretratos de piel, pero dentro del marco no se veía retrato alguno.

Jessica prestó a todo esto una atención superficial, como nos ocurre cuando entramos en una habitación de la que sólo pretendemos captar una impresión general, no todos los detalles.

Por la ventana entraba el sol, y Jessica la abrió mientras le invadía una suave sensación de bienestar.

Pese a ser aquélla la parte trasera de la casa, la ventana tenía

una vista magnífica. Daba a un pequeño patio y desde allí directamente a la calle. Una calle llena de algarabía, de luz, de vida, con ese aire que sólo tienen algunas calles de París.

Jessica no había pensado que aquella casa, situada más bien en un sitio algo sombrío, pudiera tener por detrás una vista tan magnífica.

¿Qué calle debía ser aquélla tan animada?

La muchacha cerró un momento los ojos.

¡La rué Soufflot!

¡La rué Soufflot, con sus miles de coches, con sus estudiantes de todas las razas yendo arriba y abajo, parándose en las librerías, mirando a hurtadillas las rodillas de las chicas que se sentaban en los cafés!

La muchacha abrió los ojos y esbozó una sonrisa.

Era maravilloso.

Pero sentía una leve y oscura inquietud.

Volvió a cerrar la ventana y regresó lentamente al despacho, pensando que quizá Auguste Rambler estaría molesto por su tardanza.

Pero no lo parecía. El estaba sonriendo amigablemente. Y acababa de encender un nuevo cigarrillo.

CAPÍTULO VI

LA SALVACIÓN IMPOSIBLE

El joven abogado Tordu estaba desanimado.

Había escogido la carrera más estúpida de todas las carreras estúpidas que existen en el mundo, pero lo peor de todo era que ahora ya resultaba tarde para lamentarlo.

Aún resonaban en sus oídos las palabras de su jefe, el todopoderoso. Besnier, el abogado de las grandes compañías internacionales y de las secretarías *pin-up* con combinaciones de encaje negro.

—Hágase cargo de ese asunto.

¡Hala, a la calle!

¡A buscar pruebas para salvar a un tipo que ya casi estaba viendo como afilaban para él la cuchilla de la guillotina!

¿Pero qué pruebas, santo Dios? ¿Qué pruebas?

Un fulano no mal parecido, y con ciertos antecedentes en la Süreté por haber vivido a costa de las mujeres algunas breves temporadas, se dedica a masajista. Por fin tiene un trabajo honrado y probablemente piensa seguir por el buen camino hasta que estire la pata. Pero el público que acude a las sesiones de masaje es un poco especial. Las chicas de veinte años no necesitan ninguna clase de masaje; los loros de cincuenta años, sí. El gabinete se le llena poco a poco de loros que él no ha buscado, de mujeres cincuentonas que se lo recomiendan sigilosamente las unas a las otras. El nota que se derriten cuando las toca. A veces tiene que contenerse para no retorcerles el pescuezo, pero gana dinero y el suyo es al fin y al cabo, un oficio como otro cualquiera. El mal está en alguna de aquellos adefesios de dientes de oro, no en él. Pero el más brillante de aquellos loros le propone un día que le dé masajes en su propio

domicilio.

Jacques Tordu se sentó en un café del *boulevard* de los Italianos. Sus facciones estaban contraídas a causa de sus malditos pensamientos. No se dio cuenta de que estaba haciendo cisco el periódico que llevaba entre las manos.

¡Pruebas! ¡Bonito panorama para encontrar algo que salvase a René Albert! ¡Bonitas explicaciones le había dado él al visitarle en la Santé!

La vieja que le había citado en su domicilio se derretía antes que las otras, según le había contado René. Le prometió dinero y él no lo aceptó. La vieja estaba como loca, más perdida, más histérica cada día.

A Jacques Tordu le sirvieron un café y una copa de «Martell». Lo bebió todo sin darse cuenta. El periódico estrujado entre sus dedos ya apenas tenía forma.

De modo que ésa era la historia de René Albert. Que sólo con esos elementos había que intentar salvar la vida de un hombre... Porque según René Albert, había salido después de la sesión de masaje a la hora de todos los días, con la particularidad de que esta vez se llevaba una valiosa polvera de oro. La vieja apareció horas más tarde cloroformizada y colgada del gancho de una lámpara. No se había visto entrar en la casa a nadie después de la salida de René Albert. ¡Y a éste no se le había ocurrido nada mejor que vagar por las calles solitarias, donde no le conocía absolutamente nadie!

Jacques echó la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos.

El rumor intenso del tráfico de París le zumbaba en los oídos, le llenaba la cabeza, le aturdía un poco.

¿Qué familiares tenía René? El zorro de Besnier lo había dicho: sólo una hermana, una hermana que era una lástima no se dedicase a actuar de secretaria. ¿Y si ella pudiese aclararle algo? ¿Y si ella le diese aunque fuera la remota iniciación de una pista?

Claro que no es muy brillante el papel del abogado qué visita a su cliente confesándole que no sabe por dónde empezar. Pero a Jacques Tordu no le quedaba otro remedio.

Fue a la cabina telefónica del café.

Las secretarias de Besnier tendrían la ficha de aquella cliente. Le darían una dirección, un número de teléfono, algún sitio donde se la pudiera hallar.

No resolvería nunca aquel caso, y si lo resolvía sería Besnier el que se atribuiría el éxito.

Bueno, ¿qué podía hacer?

En estos momentos tenía la sensación de haber escogido la profesión más estúpida de todas las que existen en el mundo.

Le dieron el teléfono de Jessica Albert, la hermana de René, pero nadie contestaba. Entonces buscó la dirección en la guía y la encontró. Jessica vivía en el *boulevard* Sebastopol, cerca de la plaza de la Bastilla. Jacques tomó el Metro —era inútil intentar desplazarse en coche por las atiborradas calles de París— y se encaminó hacia el domicilio de Jessica.

Éste se hallaba cerrado, pero un vecino le dijo que Jessica había ido a buscar un empleo. Un empleo de mecanógrafa.

El joven abogado Jacques Tordu compró *Le Fígaro* y *Le Monde* y se puso a repasar los anuncios ansiosamente, como si buscara un empleo para él mismo.

CAPÍTULO VII

LAS COINCIDENCIAS DE AUGUSTE RAMBLER

—¿Ya ha descansado bastante, Jessica?

Auguste Rambler sonreía amigablemente. El humo azulado del cigarrillo envolvía su rostro de facciones correctas y finas en las que la práctica de los deportes había dejado una elegante huella.

—Sí... Y en realidad pienso que no he venido aquí para descansar, *monsieur*. Podemos continuar el ti abajo cuando a usted le plazca.

—¿No está preocupada por el asunto de su hermano?

—Esto es un asunto exclusivamente mío, *monsieur*. No quiero que por esa causa el trabajo se resienta.

—Es que si quiere hacer alguna llamada telefónica...

—No es necesario. El caso está en muy buenas manos. Lo tramita el abogado Besnier.

Rambler se encogió de hombros.

—Nunca lo he tratado. No se mueve en los ambientes de la gente del cine.

La muchacha ya se había sentado de nuevo ante la máquina. Ya había juntado otra vez sus rodillas, sobre las que relucían quedamente las medias.

—Estábamos en que el hombre entra en el dormitorio y ve dormida a la muchacha que se supone ha muerto. ¿Qué más?

—Lo lógico será que ella despierte, ¿no? Es necesario que, llegado aquí, el guión tenga algún diálogo.

—¡Oh, claro! —Y de pronto—: Oiga *monsieur* Rambler.

—¿Qué?

—Para ambientar el guión se inspira en esta misma casa donde

nos encontramos ahora, ¿no?

—¿Por qué lo dice?

—Me he dado cuenta de que la ventana que mencionamos en el guión es la misma de esa habitación de al lado.

Rambler sonrió.

—¿Lo dice porque da a la rué Soufflot?

—Bueno, supongo que es por eso... No imaginaba que precisamente la ventana diese a esa calle.

—Hay miles de ventanas desde las que se distingue la rué Soufflot, señorita Albert.

Rambler pareció un poco molesto, como si la pregunta de la muchacha hubiera dado por supuesto que él tenía poca imaginación. Jessica resolvió no hablar más de aquel asunto y bajó la cabeza.

—Cuando usted quiera podemos continuar, *monsieur*.

—De acuerdo... Entonces hemos dado por supuesto que la chica dormida llega a despertar. Ponga usted que ella abre los ojos de repente y mira ante sí con facciones levemente desencajadas, como si hubiera estado hasta poco antes bajo los efectos de una pesadilla.

Jessica escribió velozmente, dividiendo la escena en dos planos. Luego alzó la cabeza.

—Ya está, *monsieur*.

—El hombre debe parecer un poco inquieto al verla. Incluso intentará salir de la habitación, pero ella le detendrá con un gesto.

—¿Inquieto él?

—Le parece extraño, ¿verdad? Bueno, la muchacha es peligrosa.

—¿En qué sentido?

—Supondremos que se ha fugado de un manicomio. Eso se verá con detalle más adelante.

—¿Un manicomio?

—Sí. Y ha matado a la esposa del protagonista.

Jessica Albert casi dio un brinco en su asiento.

Repentinamente aquella historia le interesaba. Le parecía distinta. Que el protagonista tuviera en su casa a la asesina de su propia mujer, le parecía una situación no vista hasta entonces en la pantalla.

Escribió nerviosamente, intentando interpretar aquello, procurando dar a cada plano la emoción que ella misma sentía.

Ahora, de repente, tenía la sensación de ser ella la verdadera autora del guión. Le sabría muy mal que Auguste Rambler rectificara una sola línea de lo que ella estaba escribiendo.

Terminó en un tiempo récord y volvió a mirar a su jefe.

—Eso presupone que al principio de la película ya habrá un cadáver, ¿no? —preguntó.

—Sí, desde luego.

—¿Y dónde estará? ¿En la casa?

—No, no... Eso quitaría movilidad a la película. No podemos consentir que todas las escenas queden reducidas, al interior de una sola habitación. El cadáver se encuentra en otra casa.

—¿Fuera de París?

—Fuera de París, evidentemente.

A la muchacha aquello le pareció muy natural. Y tuvo la sensación de que, a poco que les acompañara la suerte, el guión sería excelente. Incluso barruntó la posibilidad de pedir más dinero a Rambler, si su productora aceptaba enseguida el trabajo, y por consiguiente le pagaba.

—El intenta salir —dijo ella suavemente—. He llegado hasta aquí. Supongo que el protagonista no sale porque algo se lo impide, ¿verdad?

—Efectivamente, se lo impide, con sus palabras, la muchacha que hemos visto en la cama. Empieza el diálogo.

—¿Que nombre daremos a esa muchacha tan sugestiva? Esa que hemos pintado en la cama.

—Un nombre cualquiera. Silvia, por ejemplo.

Jessica escribió: «Silvia».

—Sus palabras son: «He matado ya a tu esposa. ¿Qué más quieres de mí? ¿Qué más puedo hacer?».

Jessica copió.

—Supongo que él contesta —dijo a continuación—. ¿Qué nombre daremos al protagonista?

—Manfred.

Los dedos ágiles y finos de la muchacha teclearon: «Manfred».

—La respuesta es simplemente: «Yo nunca te pedí que matases a mi esposa Silvia». A continuación, ella se pondrá en pie lentamente y se acercará al hombre.

Jessica escribió dividiendo en planos de una manera casi

automática. No se daba cuenta del transcurso del tiempo. Cuando la escena estuvo resuelta, volvió a alzar la cabeza.

—¿Qué más, *monsieur*?

El consultó su reloj.

—Es horriblemente tarde.

—Si lo dice por mí, le aseguro que no estoy cansada.

—No lo digo sólo por usted. Creo que nos conviene comer algo, y así, además, cambiaremos impresiones. Desgraciadamente esto no es un hotel y no nos podrán servir en la habitación. Podría encargarse algo en algún restaurante, pero también nos sentará bien a los dos un poco de aire, ¿no?

La muchacha se mostró de acuerdo.

No sentía apetito, pero comprendía que tampoco podía estar allí horas y más horas sin salir y sin tomar nada de alimento.

Se puso en pie.

—Cuando usted quiera, *monsieur*.

—Veo que no conseguiré nunca que me trate con un poco menos de ceremonia, Jessica. Bueno, si me permite me arreglaré un poco antes de salir. ¿Y usted? ¿No quiere arreglarse?

—Tal vez sólo pintarme un poco.

Estaba intranquila pensando que él quizá la invitaría a pasar al cuarto de baño, para lo cual sería necesario atravesar todo el dormitorio y rozar casi la cama. En materia de hombres, una no podía estar nunca segura de nada. Pero sintió un gran alivio cuando él le dijo que había otro cuarto de baño junto al segundo dormitorio, y que podía utilizarlo.

La muchacha lo hizo.

El cuarto de baño era diminuto, pero muy moderno. Jessica comprobó que su levísimo maquillaje era correcto y que podía salir a la calle tranquilamente. Consultó su reloj y vio que, efectivamente, era ya la hora del almuerzo.

Abandonó el cuarto de baño.

Por la ventana de la habitación se veía la rué Soufflot más animada que nunca. Los *libre-service* del barrio latino empezaban a llenarse ya. De las esquinas que llevaban al Metro de Carrefour de l'Odeón

salían auténticas oleadas de gente.

La muchacha acarició un instante los cristales maquinalmente.

Bueno, ya sabía que aquella ventana era la misma que aparecía en el guión. No dejaba de ser curioso.

Sólo faltaba que junto a ella, en la pared exterior hubiese una mancha de pintura fresca, una mancha roja, que desde lejos recordaba la sangre.

Jessica abrió aquella ventana, impulsada por una brusca curiosidad, casi por una imposible duda.

Miró hacia la pared. No, desde luego, allí no había ninguna mancha. Hubiera sido grotesco.

Pero en cambio oyó voces arriba y vio entonces al mirar, un andamio suspendido sobre su cabeza. Unos pintores estaban pintando la ventana superior.

Sintiendo que por un momento se le cortaba la respiración, la muchacha cerró lentamente.

CAPÍTULO VIII

EL ENCUENTRO

El restaurante era pequeño e íntimo. Estaba en el Quai de Conti, a orillas del Sena. Imperaba allí una grata penumbra, los camareros eran silenciosos y eficaces, el vino negro tenía muchos grados y se subía enseguida a la cabeza; la comida, por otra parte, era de primera calidad.

La factura también lo sería, pero Jessica, por el momento, no pensaba en eso. Se había dejado ganar por el discreto encanto del ambiente. Rambler era mi excelente conversador, y la verdad fue que hablaron de todo menos de la película.

Sólo él hizo una leve alusión a las dificultades que cualquiera encontraba para mantenerse más o menos encumbrado en el mundo cambiante del cine.

—Los productores dicen que mis guiones son absurdos e increíbles —musitó—. Bueno, no dicen exactamente eso, pero sugieren que se adaptan poco a la realidad de cada día. Yo sostengo que un guión policíaco forzosamente tiene que ser algo que se salga de lo habitual.

—Oh, por supuesto.

—A pesar de lo cual tiene que ser algo que puede suceder.

—Estoy de acuerdo con usted, Auguste.

Ahora la muchacha ya no le llamaba *monsieur* y el omitir el tratamiento no le costaba esfuerzo alguno. Incluso a veces tenía la sensación de que se conocían desde muchos años antes.

—Yo demostraré a los productores, concretamente al más incrédulo de todos, aquél para el que trabajo ahora, que mis ideas pueden suceder.

—No lo dudo.

—¿Un poco más de champaña?

—He bebido demasiado... Luego no podré trabajar.

—No se preocupe; de todos modos, lo terminaremos a tiempo. ¿Qué prefiere con el café? Le sugiero un «Napoleón» solera reservada. Es de lo mejor que puede beberse en Europa.

—Es usted un hombre muy refinado, Auguste.

—Intento sólo estar a la altura de mi acompañante. Usted no es una mujer vulgar, Jessica.

Ella entrelazó los dedos. Desde que había finalizado la comida, sus manos inquietas no descansaban sobre la mesa. Rambler lo notaba.

—No le negaré que hace años vivía en un mundo mejor —dijo ella con un leve susurro—. Mis padres estaban en buena posición y nos dieron una excelente educación a René y a mí. Desgraciadamente, al morir mi padre, las cosas ya no marcharon del mismo modo. René se desmandó mucho, y yo... yo para disimular mi miseria, tuve que hacer infinidad de copias a máquina.

—¿Por qué no buscó un empleo?

—Ya lo hice. Yo tengo un empleo, Auguste. Soy segunda secretaria en una agencia de publicidad.

—¿Cómo puede dedicarme, pues, unos días a mí, sin entorpecer su trabajo normal?

—Es que he pedido mis vacaciones, Auguste. Oficialmente para mis compañeros de la agencia de publicidad, ahora estoy poco menos que en la playa, disfrutando de la temporada de primavera. Y así junto mi jornal a lo que gano con usted.

—¿Sabe que sólo encuentro una palabra para calificarla a usted, señorita Jessica?

—¿Una sola palabra? ¿Cuál?

—Conmovedora.

Ella sonrió sin ganas, dejando que en sus hermosos labios se dibujara una extraña mueca de cansancio.

—Sólo intento salvar a mi hermano, Auguste. Es una cosa tan natural que no tiene el menor mérito.

—Sí lo tiene. No piense que todo el mundo haría un último y angustioso esfuerzo como lo está haciendo usted. ¿Necesita alguna suma de dinero anticipada?

—No, no... Por supuesto que no. Me bastará con que usted me

pague al terminar el trabajo. Besnier tampoco me cobrará antes ni un solo franco.

Auguste Rambler pareció meditar unos instantes. Diríase que una idea inesperada acababa de cruzar su mente.

Al fin susurró:

—Intentaré que pase usted unas breves vacaciones, Jessica.

—¿Cómo? —murmuró ella, incrédula.

—Iremos a mi casa cercana a Mount Saint Michel. Está contigua a la playa.

—Pero...

—No, no crea que mi invitación es completamente desinteresada. Estoy pensando que nos conviene situar los últimos planos del guión de la película en aquella casa.

—¿Y hemos de ir allí?

—Usted se sentirá mejor. Hace un tiempo maravilloso en toda Francia. Podremos incluso trabajar en la terraza, al aire libre.

—Si lo que usted dice ha de ser conveniente para la buena marcha del guión, yo estoy a sus órdenes, Auguste.

—Bueno, en todo caso, ése es un asunto que no resolveremos aún en el día de hoy. ¿Dispuesta?

—Sí. Y muchas gracias, Auguste. Ha sido una comida magnífica.

Cuando ya se levantaban, una mujer se acercó pausadamente a ellos.

Era una mujer extraordinaria.

Hubiera llamado la atención en cualquier parte no sólo por su belleza, sino también por su distinción. Vestía exquisitamente, y sus ropas —por otra parte sencillas dentro de su elegancia— las hubiera podido firmar cualquier modista parisiense. Sin embargo, había algo en ella que no era refinado ni distinguido, ni siquiera hermoso. Debajo de los ropajes elegantes palpitaba la pasión de la hembra primitiva, una pasión que asomaba por los ojos y se manifestaba en sus movimientos demasiado bruscos, aunque ella intentaba dominarse.

La mujer llegó junto a la mesa y murmuró:

—Auguste.

Fue entonces cuando él la vio. Sus facciones palidieron levemente.

—Buenos días, Annabel. Es una sorpresa...

—Lo supongo.

—No sabía que estuvieras en París.

—Acabo de llegar.

—Ya, ya... Repito que es una agradable sorpresa. —Y de pronto, con un gesto amable—: ¿No quieres sentarte, Annabel?

Annabel volvió la cabeza y miró fijamente a Jessica.

En sus ojos había una muda pregunta, un leve y lejano desprecio, como si preguntara: «¿Quién eres tú? ¿Qué haces aquí ocupando el tiempo y las atenciones del famoso Auguste Rambler?».

Pero cuando ya movía los labios para pronunciar esas palabras, Auguste se le adelantó.

Dijo inesperadamente:

—Annabel, quiero darte también a ti una agradable sorpresa. Te presento a mi esposa.

El asombro más vivo se pintó en el semblante de las dos mujeres. Tan atónita estaba cada una de ellas que no llegó a darse cuenta del pasmo de la otra. Aunque en el caso de Jessica el asombro era sincero, mientras que en Annabel aquel sentimiento se mezclaba a una dosis no despreciable de rencor.

Dijo suavemente:

—La felicito... ¿Cuál es su nombre?

—Je... Jessica.

—Ha sido un verdadero placer conocerla, Jessica. Y a ti te felicito, Auguste... ¡Has sabido elegir muy bien!

Dio media vuelta y se alejó, tiesa como un poste, hacia la salida del restaurante.

Pese a aquellos gestos bruscos, desabridos, no perdía la elegancia ni la gracia de sus movimientos. Era una mujer que había nacido para encantar, para brillar. Jessica, pese a la rivalidad instintiva que una mujer siente ante otra, reconocía eso.

Enseguida, sin embargo, ese sentimiento se desvaneció.

Quedó el asombro.

—¿Por qué ha dicho que yo era su esposa? —preguntó, mirando a Auguste Rambler.

—Todo tiene su explicación.

—Las mentiras no la tienen, *monsieur*.

Volvía a tratarle de una manera distanciante, un poco seca, como cuando se habían conocido.

—Si quiere escucharme lo comprenderá. Se lo explicaré mientras volvemos a mi apartamento en el coche, para no perder tiempo. En primer lugar, he de decirle que esta mujer es una transtornada.

—No lo parece.

—Es una neurótica, una mujer que incluso puede llegar a ser peligrosa.

—Repito que no lo parece.

Auguste Rambler hizo un suave gesto de resignación mientras abría la portezuela derecha de su coche para que Jessica pudiera subir. El coche era un «Austin» descapotable color rojo. La brisa de París era una caricia cuando se rodaba a poca velocidad por las soleadas calles.

—Puede llegar a ser peligrosa —repitió él, mientras sacaba el vehículo del angosto aparcamiento—. Está dominada por dos sentimientos que, mezclados, forman una combinación explosiva. Por una parte siente una cierta predilección hacia mí. Por otra parte está convencida de ser la más hermosa de las mujeres.

Jessica volvió un poco la cabeza y miró a Auguste Rambler.

Sí, cierto que una mujer podía llegar a perder la cabeza por él, sobre todo si esa mujer quería un hombre «interesante», «distinto». ¿Pero llegaba Annabel a aquel extremo?

—¿Y qué? —susurró—. ¿Por qué dice que esos dos sentimientos mezclados son explosivos?

—Porque no concibe que, siendo como cree la mujer más guapa del mundo, yo no esté rendido y medio muerto a sus pies.

—¿Y no lo está? ¿No cae rendido a sus pies?

—No.

—¿Nunca ha caído?

—Reconozco que en otro tiempo me interesó. ¿A quién no le hubiera interesado una mujer como Annabel? Pero corté la situación antes de que las cosas llegaran demasiado lejos.

—¿Es ella una aventurera?

—Oh, no... Todo lo contrario.

—¿Casada?

—No, tampoco. Aunque, desde luego, no le falta experiencia matrimonial. Pese a su juventud ha vivido ya su vida al menos cinco veces en las cinco partes del mundo. Es la hermana de Coward, mi productor.

Jessica, intrigada, volvió de nuevo la cabeza hacia el hombre.

—Por consiguiente, es rica...

—Mucho.

—¿Por qué no se casa con ella?

Rambler lanzó una carcajada y dijo francamente:

—Me plantaría al cabo de un mes.

—Comprendo. No quiere ser un juguete, ¿verdad?

—Antes de serlo, he intentado romper con ella. Lo malo es que Annabel llega a ponerse pesada cuando se encapricha de una persona o de una cosa. No encontraba por mi parte ningún procedimiento para terminar rápidamente y de una vez. Hace poco, al verlas juntas, he tenido la idea de decir que usted era mi esposa. ¿Comprende ahora por qué? ¿Sigue estando enfadada?

Jessica hizo un suave mohín que no supo si era de resignación o todavía de enojo.

—Es una falsedad, y yo me he visto envuelta en ella. No me gusta.

—Annabel no se acercará más a mí, y a usted ya no volverá a verla. La situación, o el problema si quiere llamarlo así, ha nacido y ha muerto en el mismo instante. Esto no tendrá consecuencias, se lo juro. Sólo resultará beneficioso para mí, porque ahora Annabel y yo nos limitaremos a mirarnos de lejos.

—Todas las mentiras se descubren tarde o temprano —dijo, sentenciosamente, Jessica—. Quizá llegue un día en que usted lamente esto.

—Sí, pero de momento me he librado de Annabel. No crea usted que resulta fácil.

Rodaban a poca velocidad por el *boulevard* Saint Michel, elevándose hasta las alturas de la rae Soufflot. La muchedumbre que deambulaba por el barrio no era tan espesa ni tan abigarrada como dos horas antes. Algunos oficinistas que regresaban a sus despachos, estudiantes rezagados que salían de la Facultad, *pin-ups* más o menos elegantes que acudían a los cafés para ver cómo iba la cosecha de la tarde.

Jessica, con una leve arruga vertical entre las cejas, miraba desde su asiento del descapotable el cielo límpido de París.

—¿Qué le ocurre? ¿Sigue enfadada?

—No, no es eso.

—¿Pues qué le sucede?

Jessica no conseguía apartar aquel pensamiento. Era absurdo, pero aquella especie de semilla del mal que se había clavado en su mente estaba echando raíces en ella. Cuanto más se acercaba de nuevo a la casa, con más claridad creía verlo todo..., ¡y, sin embargo, aquella claridad era lo más oscuro y siniestro con que se había encontrado en su vida!

—¿No puede contarme lo que sucede? —insistió Rambler con voz alentadora.

—Sí, pero usted se va a reír de mí.

—¿Cree que con el trabajo que tengo encima voy a reírme de algo, Jessica?

Ella vaciló un momento, al fin musitó, por entre sus labios apretados:

—Muchas cosas del guión están sucediendo en la realidad, Auguste. Ahora sólo faltaba la chica transtornada que mata a la esposa del protagonista.

Auguste rió con una risa silenciosa, mientras lograba encajar el coche en un mínimo espacio vacío, rozando un vado.

—¿Y qué? —susurró.

—Nada. Excepto que, en este caso, la «esposa» soy yo.

CAPÍTULO IX

DOS SOMBRAS EN EL RECUERDO

El pobre Jacques Tordu estaba viviendo un día febril. Con gusto hubiera enviado al diablo todo aquello, pero no se atrevía a hacerlo porque quería «situarse» en el despacho del todopoderoso Besnier, y Besnier no le hubiera perdonado un fallo en una de las primeras misiones que le encargaba.

Por otra parte, allí se jugaba la cabeza de un hombre que podía ser inocente, pese a las pruebas acumuladas contra él.

Y Jacques Tordu era de esos jóvenes que aún creen que la misión de un abogado puede ser una misión sagrada.

Cuando alguien se encuentra así, en una especie de camino sin salida, piensa en cien cosas a la vez. Y Jacques Tordu no fue una excepción. Pensó en una montaña de cosas que quizá nada tenían que ver con el asunto, pero que en su interior él relacionaba.

Como no había encontrado a la hermana de René Albert, es decir, a Jessica, dejó de husmear en los anuncios.

Por allí no llegaría a ninguna parte.

Pero se encaminó a la redacción de Le Fígaro.

En Le Fígaro se dispone de un magnífico servicio de consulta para las noticias publicadas. Jacques pidió los números correspondientes al proceso de René Albert, seis meses atrás, y consultó las reseñas una por una.

Naturalmente, él ya conocía todos los datos del proceso.

Lo había leído línea a línea.

Pero las copias que se entregan a los abogados no contienen más que los datos oficiales y todas aquellas palabras que el tribunal ha tenido en cuenta. Ni comentarios, ni opiniones, ni suposiciones que no tengan escrupuloso valor de prueba legal.

En cambio, en el periódico era diferente.

El cronista relataba el proceso con entera libertad, recogía impresiones de la gente y él mismo apuntaba alguna opinión. La cosa, leyéndola en el periódico, aparecía completamente distinta.

Pero nada había que aportase una nueva luz.

Excepto una frase.

La frase de uno de los procuradores que había dicho en los pasillos del Palais Justice: «En dos años se han cometido dos crímenes de esa clase y el culpable no ha sido descubierto todavía».

Jacques cerró un momento los ojos.

¿Significaba eso que René Albert podía ser inocente? ¿Que un asesino de mujeres podía haber cometido aquel crimen y estar libre todavía?

Dos crímenes similares...

¿Era pura casualidad?

Jacques tuvo que revisar ahora toda la colección de *Le Fígaro* de los dos últimos años, fijándose exclusivamente en la sección de sucesos. Y así descubrió la pista de los crímenes a que probablemente se había referido el procurador.

Los dos se habían cometido en París.

Uno, en una elegante casa del Bois de Boulogne. Otro, en un apartamento de lujo del *boulevard* Haussman.

En ambos casos las víctimas habían sido mujeres de edad y fabulosamente ricas, al igual que la señora Berthe, por la muerte de la cual había sido condenado René Albert. Tampoco en ambos casos se había encontrado a faltar nada en los domicilios.

Claro que a Berthe le había faltado una polvera de oro — precisamente la prueba que había condenado a René—, pero una polvera de oro era un objeto insignificante al lado de lo que podía haberse llevado el asesino. Es decir, era como si no hubiese faltado nada.

Al igual que en los otros dos casos.

Y también en los otros dos casos las mujeres habían aparecido colgadas de una lámpara.

Jacques Tordu sentía unas gotitas de sudor frío en sus sienes, porque aquel simple dato pescado al azar le estaba llevando muy lejos.

Claro que todo eran simples suposiciones.

Y por otra parte, ¿cómo era posible que la policía no hubiera relacionado el crimen de René Albert con los otros dos? ¿Por qué no le habían acusado de los tres a la vez, teniendo en cuenta que eran demasiado similares?

Jacques llamó al inspector Porcel, al cual conocía bastante bien. Y el inspector Porcel desenterró unos cuantos datos del fichero para decirle que perdía el tiempo y que, efectivamente, René Albert había sido acusado extraoficialmente de los otros dos crímenes, pero como la policía no encontró la menor relación, decidió dejar el asunto en vía muerta y atenerse a los hechos probados. Por lo tanto, solo hechos probados habían llegado al tribunal: las relaciones de Albert con la víctima, su visita a la casa el día del crimen y la polvera de oro hallada en su domicilio. De los crímenes anteriores, nada. ¿Para qué?

Fue lo mismo que pensó Jacques: «¿Para qué?».

Sin embargo, era aquel punto el que no le dejaba vivir, el único punto en el que su instinto le decía que podía hallarse la salvación de un inocente. Pero para eso necesitaba encontrar al asesino que había cometido los tres crímenes, es decir, el de Berthe y los dos anteriores. Todo ello en tres días, puesto que de los cuatro anteriores a la ejecución el primero había pasado ya.

Y, además, ese asesino, ¿existía realmente?

¿Era un maldito sueño?

¿O se trataba verdaderamente de un monstruo que seguía acechando en las calles de París?

CAPÍTULO X

UNA OSCURA SENSACIÓN

Cuando Jessica entró en la habitación, le pareció que todo era distinto. El ambiente seguía siendo confortable, pero le faltaba la luz de unas horas antes. Los muebles tenían un color mortecino. Las ventanas adquirirían un extraño matiz negro que impresionaba.

«Es el barrio —pensó ella—. La casa está muy bien arreglada, pero situada en un barrio demasiado triste...»

La muchacha se estremeció.

No quería confesárselo, pero había algo más.

Tenía miedo.

¿Miedo de qué?

Era absurdo, y por muchas vueltas que le diera a aquel asunto, no podría explicárselo.

La sensación desapareció cuando Rambler encendió las pantallas. Entonces una luz concentrada y alegre lo iluminó todo, dándole un sabor íntimo. Sin saber por qué, nuevamente Jessica se sintió bien.

—En esta época del año aún oscurece muy pronto —dijo Auguste—. Y en este barrio de calles estrechas todavía más. ¿Qué le pasa, Jessica? ¿No se encuentra bien?

—Perdone. Es que de pronto la casa me ha parecido distinta.

—¿Distinta? ¿Por qué?

—No sabría decírselo.

—¿Tal vez un poco siniestra?

A Jessica le extrañó que él le hubiera adivinado el pensamiento de tal modo.

Y en el fondo aquello le hizo tener una brusca sensación de inseguridad, como si se encontrara a merced de aquel hombre.

—Sí, eso es —dijo, tratando de reír—. Tal vez un poco siniestra.

—Olvide ese pensamiento. Se sentirá bien aquí.

—Por supuesto..., *monsieur*.

—¿Ya vuelve a tratarme con ceremonias? ¿Qué pasa? ¿Sigue enfadada por lo de Annabel?

—No estoy enfadada, *monsieur*. Y cuando quiera podemos continuar trabajando.

—Por supuesto... Lo malo es que yo no acabo de tener las ideas claras. Con esa salida que hemos hecho me he distraído demasiado. Lástima. Tan bien como íbamos... ¿Le importará que antes de nada haga una llamada telefónica?

—Por supuesto que no. Usted es el que manda, *monsieur*.

Y Jessica se sentó en una de las butacas, encendiendo un cigarrillo y dispuesta a olvidar sus sombríos pensamientos.

Oyó que él descolgaba el teléfono en el despacho.

Discó un número y al cabo de unos instantes preguntó:

—¿Coward?

Coward era el productor, Jessica lo recordaba perfectamente. Es decir, el hermano de Annabel, la mujer a la que acababan de encontrar en el restaurante del Quai de Conti.

Auguste Rambler seguía hablando.

—... Sí. La cosa va adelante.

—...

—Puedo darte una idea de lo que ya he hecho, si te parece bien.

—...

—Naturalmente, si no es ésa tu idea, se modificará.

—...

—El guión puedo enviártelo mañana para que veas cómo marcha, pero de momento oye lo que he dictado.

—...

—Sí, ahora mismo.

Jessica oyó un chasquido.

Y empezó a funcionar un magnetófono.

Era la voz de Rambler.

Y la suya.

Toda la conversación que habían tenido durante su trabajo —y por tanto las líneas esenciales del guión— estaba reproducida allí. Lo curioso era que ella no se había dado cuenta de que funcionaba

un magnetófono en la habitación, mientras trabajaban.

Fue eso lo que le hizo tener otra vez una oscura sensación de trampa.

Pero no podía oponerse a que Rambler trabajara a su modo, y menos aún a que dictara a Coward aquella conversación de trabajo.

Por fin la voz del magnetófono cesó.

Rambler preguntó:

—¿Qué te parece, Coward?

—...

—¿Dices que no siga por ese camino?

—...

—Pues puede ser una buena película de suspense.

—...

—De acuerdo; si no es la idea que tú tienes, la modificaré. Mañana volveré a llamarte. Bueno, eso si tú no vienes a buscar los trajes antes.

—...

—Adiós, Coward.

Se oyó un chasquido.

El teléfono había sido colgado.

Auguste Rambler volvió a aparecer en el umbral de la habitación, mientras la miraba con expresión algo contrariada.

—Ya ve —dijo—, parece que al todopoderoso Coward nuestra idea no le gusta.

—¿Qué es lo que quiere?

—Eso es lo peor: él no quiere nada ni hace nada. Pero lo que hacen los otros tampoco le gusta.

—¿Va a variar la idea del guión?

—Aún no lo sé.

—Puede que eso nos retrase, Auguste. Para terminarlo en tres días hace falta trabajar sobre la marcha.

—No se preocupe. Ya sabe que usted cobrará igualmente su parte aunque el guión no se termine por culpa mía.

—No lo decía por eso.

Rambler se sentó en la butaca frontera.

Parecía preocupado, y una arruguita de preocupación se marcaba en su frente, aunque seguía manteniendo aquel aire distinguido y al propio tiempo simpático.

—Jessica —susurró—, ¿le importará quedarse sola?

—¿Aquí?

—Sí, aquí. Bueno, a menos que prefiera salir a dar un paseo. Esto no es una cárcel.

—¿Usted va a salir?

—Sí. Ya estaba embalado con la idea y de pronto todo se ha ido al diablo. Necesito encontrar un nuevo camino, ¿sabe? Y a veces, paseando por entre los viejos cafés de París, se me ocurren cosas.

—Es usted muy libre, *monsieur*. Yo me quedaré aquí.

—Beba algo si quiere, o escuche música si le parece bien. Puede que yo no tarde más de media hora. Todo depende de la inspiración que tenga.

Le dio un suave cachetito en la mejilla, como si ya se conocieran desde mucho tiempo atrás, y salió. A Jessica, aquel gesto le sorprendió porque él no tenía ningún derecho a tratarla con tanta familiaridad. Pero lo curioso —y lo fastidioso para ella— era que el hombre no la disgustaba.

Se daba cuenta de que Auguste Rambler era de esos individuos que se van metiendo poco a poco en la sensibilidad de una mujer.

Y eso le hacía tener una oscura sensación de peligro.

Una vez estuvo sola, se dedicó a husmear por allí. Sabía que eso no estaba bien, pero ella no tenía ninguna culpa de haber nacido mujer y de tener, por tanto, una típica curiosidad femenina.

Todos los cajones estaban abiertos y apenas había en ellos cosas de interés. Rambler se caracterizaba por tener montañas de apuntes de ideas que luego, seguramente, no podía utilizar. Por lo demás, tenía lo que cualquier otro hombre, excepto fotos de mujeres. Mucha gente del cine tiene fotos atrevidas, e incluso revistas «porno». El, no. Tampoco había cartas interesantes o talonarios de cheques y estados de cuentas corrientes. Nada de interés.

Jessica sintió asco de sí misma.

No sabía por qué miraba todo aquello.

No era justo que fuese tan curiosa.

¡Y encima para no haber encontrado nada interesante! ¡En ese plan no vale la pena tener defectos!

Notó entonces, cuando ya iba a dejar de husmear, que sólo un cajón se resistía a ser abierto. Era el único que estaba cerrado con llave y el único, por tanto, que podía contener algo de interés.

Jessica forcejeó tratando de abrirlo.

Pero no había manera.

Y se avergonzó de sí misma.

No era justo que hiciese aquello en una casa que no era la suya y en la que llevaba solamente un día.

Miró su reloj.

Hacía casi una hora que había marchado Auguste Rambler.

Las luces de la calle ya se estaban encendiendo.

La noche cerraba.

Jessica Albert sintió un repentino impulso y fue a la ventana por la que había mirado antes. Era un; tontería, pero no podía remediarlo. Se sentía tan sola —y en el fondo tan acobardada— que necesitaba confirmar aquel pensamiento sin sentido que la había acometido de repente. Aquel pensamiento atroz.

Fue hacia aquella ventana y la abrió.

Arriba estaba el andamio de los pintores, pero, naturalmente, éstos ya no trabajaban.

La falta de luz exterior se lo hubiera impedido.

La cabeza de Jessica Albert giró poco a poco muy poco a poco, dejando de mirar hacia arriba.

Era absurdo.

Ridículo quizá.

Pero ella estaba segura de que iba a encontrarla.

Y no tuvo la menor sorpresa cuando, a un lado de la pared, sus ojos tropezaron con ella.

Con aquella mancha de pintura roja.

Parecida a una mancha de sangre.

CAPÍTULO XI

UNA VOZ EN LA DISTANCIA

Jessica sintió como un terrible choque interior.

La sensación de pesadilla era tan angustiosa que no podía soportarla. Era igual que si todo su cerebro vibrase. Como si sonara allí una campana de alerta, una campana insistente, terca, larga...

Tuvo que llevarse las manos a la cabeza.

Pero la campana seguía sonando.

Era horrible.

Jessica se retiró entonces las manos de las orejas y comprendió que no todo era una pesadilla. Había también allí elementos reales. Lo que ella había tomado por un zumbido interior, como una campana que sonase continuamente, era sencillamente el timbre del teléfono.

Volvió hacia el interior de la habitación.

El timbre sonaba y sonaba.

Ella dudó entre alcanzarlo o no, pero pensó que podía ser un recado urgente para Rambler. De modo que terminó por descolgarlo.

La voz era tensa y sonora. Debía corresponder a un hombre bastante joven.

—¿La señorita Jessica Albert?

Ella parpadeó, porque todo aquello le pareció absurdo.

—¿Cómo sabe que estoy aquí? ¿Es que me llama de parte del señor Auguste Rambler?

—No, no... Ya sé que él trabaja ahí, pero no le llamo de parte suya.

—¿Quién es usted?

—Jacques Tordu, abogado.

—¿Abogado?...

—Soy pasante del señor Besnier.

Las facciones de Jessica se iluminaron.

—¡Pasante del señor Besnier! ¡Oh, Dios santo, yo tenía confianza en que al final habría noticias! ¡Dígame! ¿Ha ocurrido algo?

—No, nada... Es decir, puede que haya algo. Pero necesito hablar con usted y por eso la llamo.

—¿Cómo me ha encontrado?

—Ha sido una epopeya. Primero he ido a su casa, cerca de la Bastilla. Me han dicho que había salido a buscar trabajo por medio de un anuncio y me he tragado todos los anuncios de París, pero, naturalmente, sin resultado. Luego he hecho una serie de indagaciones y he comprendido que necesitaba, como fuera, hablar con usted. Entonces he vuelto a su casa y he tenido la suerte de encontrar un vecino que me ha dado más explicaciones.

—¿De qué clase?

—Usted pensaba copiar un guión de cine. Eso ya era concretar más, y he leído los anuncios otra vez. Al fin he encontrado cuatro que podían referirse a eso. He llamado a tres y no había nada. El cuarto correspondía a ese teléfono, aunque no está a nombre de Auguste Rambler, que es el que ponía el anuncio, sino de un tal Coward.

—Coward es el productor. En efecto, ésta es su casa. ¿Pero qué quiere usted, Jacques? ¿Qué hay de nuevo?

—Besnier no va a ocuparse directamente del asunto de su hermano, y me ha pedido que lo haga yo. Le confieso que he iniciado mis investigaciones sin ninguna esperanza, aunque tengo la oscura sensación de que René es inocente.

—Esa sensación también la tengo yo, pero no nos sirve de nada.

—Comprendo que ninguna prueba espectacular puede salvarle, porque esa prueba de su inocencia no existe. Pero he averiguado en cambio que en los últimos dieciocho meses se han cometido en París los crímenes muy similares.

—¿Qué dice?...

—Sí, dos crímenes muy similares, pero el asesino no ha sido capturado.

Jessica sentía una bola en la garganta.

Todo aquello no llevaría a ninguna parte. Estaba segura. ¡Ya

faltaba tan poco tiempo para que fuera ejecutado su hermano! Pero preguntó con voz ansiosa:

—¿Qué puede tener eso que ver con René?

—¿No lo comprende? ¡Imagine que el asesino sea otro! ¡Y que ese asesino aún esté en libertad!

La posibilidad hizo estremecer a Jessica.

Y no sólo fue de esperanza.

Sino también de miedo.

Como si el asesino pudiera estar junto a ella...

—Imaginemos que eso sea cierto —dijo, con voz insegura—. ¿En qué puede ayudar a René?

—Hay que capturar a ese asesino fantasma antes de tres días.

—¿Se da cuenta de lo que dice? ¡Ni siquiera sabemos si existe!

—Por eso necesito su ayuda.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Sólo tengo un amigo en la policía, un tal Porcel. No es que me haya orientado mucho, pero he podido sacar dos conclusiones. La primera, que la policía relacionó a René Albert con los otros dos crímenes, tan parecidos, pero como él tenía perfectas coartadas para ambos, tiraron por la calle de en medio y le acusaron del único para el que tenían pruebas. Los otros dos continuaron archivados.

—¿Y la segunda conclusión?

—Para eso necesito su ayuda. Porcel me ha hecho el favor de revolver los archivos y darme detalles de las víctimas. Las dos eran algo mayores y muy ricas. Y las dos tenían alguna relación con el mundo del cine.

Jessica sentía que un sudor helado iba llenando sus facciones.

El cerco en torno a ella, aquel extraño cerco al que no sabía dar nombre, se estrechaba más y más.

—¿Relación con el cine? —musitó.

—Bueno, no es que hubieran sido artistas ni nada de eso. Simplemente parece que se movían en el mundillo cinematográfico. Se las invitaba a los estrenos de gala y todo eso. Iban a cócteles organizados por las casas distribuidoras. Se las veía con algunos actores... Pero todo eso es muy poca cosa, ya lo sé. Existen miles de mujeres así. La policía hizo algunas indagaciones en el mundillo del cine, pero sin resultado. Lo curioso es que Berthe, la última difunta, también era una mujer de esa clase.

—Dios mío... Es... ¡es asombroso!

—No puedo ir más allá —reconoció Jacques Tordu—. Yo no soy un detective, sino un pobre diablo. La policía tampoco me ayudará gran cosa, porque hasta el mismo Porcel me ha enviado a tomar vientos, diciendo que lo que pretendo es complicarles la vida. Si ya tienen un culpable, ¿por qué buscar más? Y entonces ha sido cuando he pensado que necesitaba desesperadamente hablar con usted. Porque usted se ha movido más o menos en el mundo del cine, señorita Albert.

—En un terreno tan modesto que casi da pena. Me dedicaba a copiar guiones por medio de una amiga.

—¿No ha ido a recepciones ni nada de eso?

—Si yo llego a presentarme en una de esas fiestas, me echan a puntapiés.

—Lástima.

—Ya comprendo que usted quiere algún dato, pero me va a ser difícil orientarle. Y eso que soy la persona que más interés tiene en el mundo.

—Por eso la llamo.

—Lo que no ha conseguido la policía, ¿cómo quiere que lo consiga yo?

—Es que la policía no ha investigado realmente por ese camino. Lo abandonó enseguida. Pero comprendo que si usted no conoce a la gente del cine, no podrá ayudarme.

—De todos modos, trataré de recordar. ¿Tiene algún número de teléfono al que pueda llamarle?

—Sí. Apunte.

La muchacha anotó las cifras que Jacques le daba. Luego, susurró:

—Gracias. Estoy segura de que le llamaré. Usted es mi última esperanza.

Y fue a colgar.

Pero no necesitó hacerlo.

Porque en aquel momento, una mano se posó en el soporte del auricular, cortando la comunicación.

La mano de Auguste Rambler.

CAPÍTULO XII

EL CAJÓN CERRADO

Auguste Rambler tenía las facciones tensas, un poco lívidas.
De repente, le pareció otro hombre.

Un hombre en cuyo rostro palpitaba un enigma y en cuyo pasado había quizá una mancha de sangre.

Como la de la pared de la casa.

Como aquello que no tenía sentido.

La sensación de pesadilla fue tan brutal para Jessica que no pudo resistirla y estuvo a punto de caer a tierra.

Pero Rambler la sostuvo. De pronto, sonrió y volvió a ser el hombre agradable y deportivo de siempre.

Jessica se apoyó en él.

No sabía ni dónde estaba. La cabeza le daba vueltas.

¿La había besado él levemente al sostenerla? ¿O sólo había sido una sensación? ¿Era dueña de sí misma o estaba a punto de perder el sentido?

Notó que Rambler la hacía sentar en una de las butacas.

—Le prepararé algo de beber —dijo.

Se lo preparó enseguida e hizo que lo tragase. Era una mezcla fuerte que a Jessica le sentó bien. Poco a poco volvió a recobrar el dominio de sí misma.

—Perdone que haya cortado la comunicación —dijo Rambler—. He visto que usted iba a colgar.

—Es cierto. Ya iba a hacerlo.

—¿Me llamaban a mí?

—No. A mí.

—Es extraño que supieran que usted estaba aquí, Jessica. ¿Lo ha dicho a alguien?

—Verá... Sólo a una de mis vecinas. Sí, eso es. Se lo dije al venir a buscar este trabajo, aunque no sabía si me encontrarían. Me ha llamado al extrañarse de que yo no hubiese vuelto.

—Ah, claro.

Pero Jessica tuvo la sensación de que el hombre no la creía.

—Si quiere usted marcharse —dijo él amablemente—, es muy libre. Me doy cuenta de que no tengo derecho a retenerla aquí, y, además, no sé si vamos a trabajar esta noche.

La muchacha pensó que no se iría de allí por nada del mundo, ahora que tenía una posibilidad, aunque remota, de salvar a su hermano.

—En fin, no hablemos de eso —dijo, fingiendo alegría—. ¿Ha dado usted con alguna idea?

—Me temo que no.

—Pues vamos a pasarlo mal, Rambler. Ha transcurrido un día entero y no tenemos más que el principio del guión.

—¿Por qué cree que pongo esta cara de caballo?

Jessica rió.

—Usted no pone cara de caballo, Rambler.

—Pues digamos que de burro.

—No sé por qué piensa eso. Es un hombre muy agradable.

—Y usted, una mujer encantadora.

Jessica sintió otra vez aquella oscura sensación. ¿La había besado realmente? Lo cierto era que ella estuvo a punto de perder el sentido cuando él la sostuvo. ¿Pero la había besado? ¿O todo había sido una pasajera casualidad?

—Gracias, Auguste —dijo—. ¿Qué piensa hacer ahora?

—La verdad es que no lo sé.

—Si yo tuviera ideas se las sugeriría, pero no soy más que una pobre mecanógrafa.

—Las ideas son cosa mía... cuando las tengo —dijo Rambler, confusamente—. Pero creo que he vuelto demasiado pronto a encerrarme en esta habitación. Tal vez al comprar los periódicos de la noche, al sentarme un rato en un café, tenga alguna inspiración.

—¿Va a salir de nuevo?

Ella lo había preguntado casi exaltadamente.

Rambler lo notó.

—¿Qué pasa? ¿Desea que salga?

—Oh, no... A mí... me es indiferente.

—Usted también puede salir si quiere.

—Yo me quedaré aquí. Estoy muy bien.

—Pues yo voy a dar una vuelta —murmuró Rambler—. Nunca me había sentido tan torpe como hoy. No sé qué me pasa.

—Es que Coward, al anularle la primera idea, le ha dejado desorientado.

—¡Bah! Coward no entiende nada de nada. Tenía que haber seguido con el negocio de su padre.

—¿Qué negocio?

—Lo más vulgar que pueda imaginarse.

—No me diga que son carniceros. O contratistas del transporte de basura.

—No exactamente eso, pero sí que tienen una agencia de transportes entre Annabel y él. Vamos, una casa de mudanzas. La heredaron de sus padres y no le hacen maldito caso.

Mientras decía todo esto, Rambler ya estaba en la puerta.

Hizo un amable saludo y salió de nuevo.

La muchacha casi saltó al salir él.

Cerró desde dentro.

Olvidó todas sus precauciones y buscó un cuchillo sólido para abrir el cajón cerrado.

Se dirigió hacia él.

CAPÍTULO XIII

UN ROSTRO DE MUJER

Marcó el número ansiosamente. Lo hizo con angustia, con frenesí, con miedo. Como si fuese la última cosa que iba a hacer en esta vida.

Y realmente quizá lo era.

Sabía que cada segundo contaba ahora.

Una oscura sospecha le atenazaba el corazón.

—¿Jacques Tordu?

Lo preguntó impulsivamente, aunque había reconocido la voz enseguida.

—Soy yo, Jessica.

—¿Algo nuevo?

—Es algo muy importante, Jacques. O puede serlo.

—¿De qué se trata?

—¿A usted le han hecho alguna descripción de las dos mujeres muertas anteriormente? ¿O tiene alguna foto?

—Me han hecho una descripción bastante detallada y además he visto fotografías en las columnas de Le Fígaro. ¿Por qué?

—Describámelas.

—Espere, Jessica; ahora no estoy solo.

—¿Pues dónde está?

—Por si necesitaba llegar pronto junto a usted, le he dado el número de un café muy cercano y donde me conocen algo. Me encuentro apenas a cien metros de usted, pero pueden oírme.

—¿Qué teme?

—No lo sé, pero he tenido la oscura sensación de que alguien me vigilaba.

—¿Se da cuenta de que eso podría ser muy importante?

—Precisamente por ello quiero tener alguna garantía al hablar con usted. Hay una cabina de teléfonos casi justamente enfrente de donde usted se encuentra. Cuelgue y la llamaré dentro de cinco minutos.

—No tarde más, Jacques.

Y la muchacha colgó.

Todos sus nervios le pinchaban como puntas de alfileres.

Cada segundo que transcurría se le hacía insoportable.

Porque pensaba que iba a llegar Auguste Rambler y sorprenderla. Si él llegaba, todo se estropearía.

Jamás la muchacha había soportado una tensión semejante.

Pero al fin sonó el teléfono.

Fue como un cañonazo en el interior de Jessica.

—¡Diga! ¡Hable, Jacques! ¡Diga!

—Preste atención. La primera de las muertas debía tener unos cincuenta años. Era alta y rubia, de expresión dulce. Tenía las cejas muy finas. Le faltaba una pequeña parte del lóbulo de la oreja izquierda...

Jessica soltó el auricular.

No podía más.

Todo daba vueltas en torno suyo.

Porque ésa era exactamente la mujer cuyo retrato tenía en la mano.

Aquel retrato... La única cosa que había podido encontrar en el cajón cerrado.

CAPÍTULO XIV

LA JAULA DE LA MUERTE

—¡Jessica! ¿Qué le pasa, Jessica? ¡Hable! ¡Hable!

Jacques Tordu no oía más que una respiración agitada al otro lado del hilo.

Por eso sabía que Jessica estaba allí, pero le asustaba su silencio. Pensó que estaba ocurriendo algo horrible.

Desde los cristales de la cabina telefónica podía ver la casa. Y hasta suponía cuál podía ser la ventana tras la que se encontraba la muchacha.

—¡Jessica! ¡Hable! ¡Hable de una vez!

La voz femenina llegó entonces en un susurro:

—Jacques, voy a bajar.

—La esperaré. ¿Pero qué pretende?

—Ir a la policía.

—¿Es que... sabe algo?

—Ya hablaré con usted más detalladamente. Ahora no hay un solo minuto que perder.

—Estoy en una cabina al otro lado de la calle. Si se asoma por una de las ventanas tal vez pueda verme.

—Pues no se mueva de ahí, Jacques. Cuelgo.

—¡Repito que la espero! ¡La...!

Jacques no pudo decir más. Acababa de oírse el chasquido al otro lado del hilo.

El colgó también.

Y fue a salir.

Ocurrió justamente entonces, cuando aún no había abierto la puerta de cristal. Ocurrió en fracciones de segundo, con tal rapidez que no pudo preverlo ni hacer un solo movimiento de defensa.

Primero una piedra rompió una de las paredes de cristal de la cabina. Al instante, algo más pequeño, pero casi tan duro, penetró por el hueco.

El joven no se dio cuenta de que era una botella hasta que se rompió a sus pies.

¡Una botella de líquido inflamable!

¡Algo que convirtió el interior de la pequeña cabina en un auténtico mar de llamas!

Jacques lanzó un grito de agonía.

Fue a salir. Braceó en el aire.

Pero no sabía dónde estaba la puerta. Las paredes de cristal le acorralaban. Estaba como hundido en aquella jaula de la muerte.

Todo el interior era un infierno.

Ya casi no se le veía.

Y Jacques Tordu, el joven que había soñado llegar a ser algo, lanzó un inhumano grito de dolor cuando las llamas subieron por su cuello y alcanzaron su boca.

CAPÍTULO XV

LA MURALLA DE CRISTAL

Jessica, que iba a salir, oyó el estampido y se acercó a la ventana. Fue entonces cuando tuvo que presenciar aquella escena horrible.

Todo el interior de la cabina situada frente a la casa se había convertido en el interior de una caldera. Las llamas habían absorbido por completo todo el interior y a la figura que estaba dentro. Jacques Tordu se debatía desesperadamente buscando la salida, pero sólo tropezaba con paredes de cristal. Estaba como rodeado por una muralla. ¡Una muralla que le encerraba con la más horrible de las muertes!

Todo el cuerpo de Jessica sufrió un espasmo.

Jamás había visto nada tan espantoso.

Era como ver a un hombre quemándose vivo en un escaparate.

Ella chocó con los cristales sin darse cuenta de dónde estaba. Fue también como tropezar con una muralla de cristal, pero eso a Jessica le salvó la vida. Gracias a que los cristales resistieron no cayó a la calle.

Abajo, Jacques se estaba convirtiendo en cenizas.

Era una visión espantosa.

Varias personas se habían acercado a la cabina, pero en el primer instante no sabían cómo intervenir. Todos sabían que aquel hombre iba a morir inevitablemente y se sentían fascinados por el horror del espectáculo.

Al fin, alguien lanzó un paquete contra los cristales.

Éstos terminaron de saltar también a causa del calor. Fue como si toda la cabina estallase.

El cuerpo de Jacques salió despedido hacia el asfalto, convertido

en una pira funeraria.

Ya ni siquiera se movía. Todos se dieron cuenta de que estaba muerto.

Jessica, junto a la ventana, se había metido materialmente los puños en la boca. El grito que se ahogaba en su garganta saltó entonces de repente. Fue un chillido alucinante en el cual se diluyó todo su horror. Y luego la muchacha cayó al suelo de rodillas mientras gemía angustiosamente:

—¿Pero quién ha podido hacerlo? ¿Quién? ¿Quién?...

Unas manos se apoyaron entonces en sus hombros.

Eran unas manos duras, fuertes.

Evitaron que cayese del todo.

—Cuidado, Jessica. Por favor, levántese.

Ella miró hacia arriba con ojos alucinados.

El rostro de Auguste Rambler parecía diluido en la niebla.

—¡Usted!

Jessica no pudo contener su miedo. Se estremeció.

—Por favor, levántese. No puede quedarse así —insistió Rambler con voz tranquila.

—¡Déjeme! ¡Tiene que dejarme salir de aquí!

¡Déjeme salir!...

La muchacha estaba a punto de sufrir una crisis nerviosa. Rambler la levantó con sus brazos poderosos y, cuando la tuvo a la altura de su cara, la abofeteó.

Una especie de campana resonó en la cabeza de Jessica.

Quedó desmadejada y sin fuerzas.

No opuso resistencia cuando él la depositó en una de las butacas.

—Ahora le prepararé algo de beber —musitó Rambler—. Haga un esfuerzo y serénese. Estese quieta.

Ella bebió con ansia el combinado que Rambler acababa de prepararle. Tenía la boca tan seca que hubiera tragado incluso ácido sulfúrico. Respiró con ansia y al cabo de unos instantes se sintió mejor.

Auguste Rambler se sentó frente a ella.

La calle se había llenado de gritos, pero llegaban en sordina a la calma de la habitación, en la cual los dos se sentían como en un oasis. O quizá —pensaba Jessica— como en una tumba.

—Veo que está muy afectada —murmuró Rambler—. Desde luego ha sido un horrible accidente.

Ella le miró con expresión que en el fondo era burlona.

—¿Accidente? —preguntó.

—Yo diría que sí.

—¿Por qué piensa eso?

—No sé —dijo Rambler—. Es imposible hacer suposiciones en un caso semejante. ¿Pero qué puedo decirle? Quizá ese joven llevaba una bomba en uno de sus bolsillos y ha estallado. Los estudiantes usan a veces «cócteles Molotov» en sus revueltas callejeras. Han ocurrido muchas desgracias y ésta no será la última.

—No llevaba una bomba ni un «cóctel Molotov» —dijo ella, con voz tensa—. No es nada de eso.

—¿Cree que lo han asesinado?

—Sí.

—¿Y cómo lo sabe?

Jessica sintió el impulso de decir la verdad. Se arriesgaba demasiado, porque enseñando aquella carta enseñaba demasiadas cosas. Pero la puso al aire.

—Estaba hablando conmigo —dijo.

Auguste Rambler no se alteró.

Sólo sus ojos chispearon un poco.

—¿De modo que le conocía? —preguntó.

—Sí. Era un pasante del abogado Besnier y estaba buscando pruebas de la inocencia de mi hermano.

—¿Cree que lo han matado porque estaba a punto de encontrar esas pruebas?

Jessica apretó los labios, manteniéndose firme a pesar de que su miedo crecía a cada instante, y a pesar, sobre todo, de que se daba cuenta de una cosa: ella tenía miedo de Auguste Rambler...

—Estoy convencida —susurró—. Ese pobre muchacho se llamaba Jacques Tordu. Estaba a punto de poder demostrar que mi hermano es inocente y por eso el verdadero asesino ha acabado con él.

—El verdadero asesino...

Rambler se puso en pie mientras producía un chasquido con dos dedos.

—Jessica —murmuró, al cabo de unos instantes—, es justo que

tenga usted fe en la inocencia de su hermano, pero me parece que todo tiene un límite. Por desgracia, si yo fuera un juez, también creería en la culpabilidad de René Albert.

—¿Por qué? ¿Es que nadie más pudo matar a aquella mujer?

—Yo leí muy bien el caso —dijo Rambler—. Recuerde que soy guionista de cine y que suelo trabajar en argumentos policíacos. Por lo tanto, el caso me interesó. Sólo su hermano pudo entrar en la casa, sustraer la polvera de oro, de la cual se había encaprichado, tener una discusión con la vieja y matarla. Yo no digo que pensara actuar así, pero las circunstancias le impulsaron. Ya sabe usted que la mayor parte de los asesinatos son puramente ocasionales.

Dio unos pasos por la habitación, mirando a la desalentada muchacha, y añadió:

—Por descontado, no merecía la pena de muerte. Por un crimen ocasional no debe pagar uno un precio tan alto. Pero René Albert es un cabeza loca con algunos antecedentes y, además, el jurado estimó que había matado para robar. Ésa es la clase de delito que más se castiga, pero yo creo que han sido injustos con él.

—No hace falta que se sienta tan generoso —dijo despectivamente Jessica.

—No me mira usted con demasiada simpatía, ¿verdad?

—Usted cree que mi hermano es culpable.

—¿Y por qué no ha de serlo?

—Por una razón. La puerta estaba cerrada por dentro. Las ventanas correspondían a un piso muy alto y que además se veía desde la calle. Nadie pudo entrar por allí. No existen los hombres-mosca, y aunque existiera un hombre-mosca, desde la calle le habrían visto. Por lo tanto, ¿por dónde pudo entrar mi hermano? ¡Diga! ¿Por dónde?

Rambler arqueó una ceja.

—Entonces, ¿qué sugiere? —preguntó—. ¿Que estamos ante un crimen absolutamente inexplicable?

—Sí. Absolutamente inexplicable. Es decir...

—¿Es decir qué?...

—Dos mujeres murieron en París en las mismas circunstancias.

Auguste Rambler palideció un momento.

Pero sólo un momento, como si una sombra amarilla hubiera pasado por su cara. Luego, se rehízo.

—¿Y eso qué tiene que ver? —preguntó.

—La policía relacionó al principio unos crímenes con otros, pero luego desistió. Ya que tenían un culpable, se aferraron a él.

—¿Y qué?...

—Usted está reconstruyendo el asesinato de Berthe —dijo la muchacha con voz ronca, dispuesta a jugarse las últimas posibilidades de su última carta.

—¿Pero qué dice?

—Sé perfectamente lo que me digo, señor Auguste Rambler. Reconozco que todo esto es fantasmal y que es como un extraño sueño del que no sé salir, pero hay cosas que no engañan. Por ejemplo, esa mancha de pintura roja que hay en la pared y que parece una mancha de sangre.

—¿Qué tiene eso que ver con el asesinato de Berthe?

—Hay un detalle revelador. Un misterioso detalle que lo une todo. En el exterior de la casa donde vivía Berthe, apareció enganchado en un clavo de la pared un pedazo de paño rojo. También aquello producía el efecto de una mancha de sangre.

—Pura casualidad, ¿no?

—No, no es pura casualidad. Dejémonos ya de comedias, Rambler. Pongamos las cartas boca arriba y hablemos los dos sabiendo lo que nos jugamos; sobre todo sabiendo lo que me juego yo. También en esta casa hay un andamio con pintores. Y quizá unos pintores, valiéndose de un andamio, pudieron entrar en la casa de Berthe.

Rambler arqueó una ceja.

—Usted delira, muñeca.

—¿Por qué dice que deliro?

—Por una sencilla razón: no hubo tal andamio de pintores. No había ni siquiera limpiacristales. No había nada de eso. La policía se enteró, y si el día del crimen llega a haber instalado en el exterior un andamio de pintores, lo hubiesen sabido.

—Eso es cierto —musitó la muchacha, descorazonada—. Fue una de las primeras cosas que el inspector Corbier tuvo en cuenta.

—Entonces debe reconocer que es un crimen inexplicable.

—Inexplicable pero con unos indicios que llevan a alguna parte —dijo la muchacha, con voz tensa.

—¿A qué parte?

—A los dos asesinatos que se cometieron con anterioridad.

—Me parece que usted les da demasiada importancia —murmuró Rambler.

—Claro que les doy importancia —dijo Jessica, con voz tensa—. Se la doy sobre todo cuando...

Su voz se cortó. Ella se puso en pie y fue junto a la ventana desde la cual acababa de ver la horrible muerte de Jacques Tordu.

Dirigió una ojeada superficial a la calle. Ahora el panorama había cambiado por completo. Las aceras estaban llenas de gente, entre la cual los gendarmes trataban de poner orden. Varios coches de la policía y una ambulancia se estaban acercando.

El cadáver había sido cubierto por una manta.

Jessica no fue capaz de mirarlo.

Se inclinó y tomó la fotografía.

Aquella fotografía la había encontrado ella en el cajón que violentó con el cuchillo, y correspondía a una de las dos mujeres asesinadas con anterioridad. El hecho de que Rambler la tuviera era terriblemente significativo.

La dejó caer junto a la lámpara.

La luz arrancó extraños destellos a las facciones de la muerta.

—¿Qué tiene que decir a esto? —bisbiseó.

Rambler había palidecido de nuevo, pero ahora no fue una sombra fugaz, sino una auténtica lividez.

Sus dedos temblaron al rozar la fotografía.

—De modo que has abierto el cajón —murmuró, tuteándola.

—Sí. Lo he hecho mientras estabas fuera. Y Jacques, antes de morir, me ha confirmado que ésa fue una de las mujeres asesinadas.

Auguste Rambler no supo qué contestar.

Se notaba que aquello le había desconcertado.

Y el miedo de Jessica se esfumó. Se transformó en una extraña seguridad. Con voz tranquila, con una voz que no parecía surgir de ella misma, dijo lentamente:

—No trato de envolverte en los crímenes, Rambler. No sé qué me pasa, pero a pesar de que sé que tú has lanzado esa botella de líquido incendiario contra el pobre Jacques, no te deseo ningún mal. Incluso te diría que me eres simpático. No tiene sentido, ¿verdad? Pero te juro que te estoy hablando con el corazón en la mano. Y hasta no me sería difícil sentir afecto por ti. Pero óyelo

bien, Rambler: no consentiré que mi hermano muera en la guillotina si hay otro culpable. Tómame el tiempo necesario para huir, haz lo que quieras, pero salvalo. Aunque sólo sea con una simple carta. Dame la prueba que necesito para librarle del verdugo.

Jessica Albert había hablado con una voz sincera, casi patética.

Una voz que hubiera conmovido a un pedazo de piedra.

Pero no conmovió a Auguste Rambler, que de repente cambió de táctica. Dejó de ser el hombre elegante, educado, un poco sorprendido, para convertirse en una especie de ciclón. La misma Jessica fue totalmente desbordada por los acontecimientos.

De pronto vio volar aquella mano hacia ella.

Rambler trataba de sujetarla.

Pero Jessica era ágil y, además, endiabladamente joven. Saltó de la butaca y la volcó. Sus piernas hechiceras se exhibieron durante unos segundos en el aire, en una visión inolvidable.

Rambler no había logrado sujetarla.

La muchacha chocó contra la pared.

Una lámpara fue volcada.

Los dos se miraron entre un baile fantasmal de sombras, en el silencio de la habitación, sintiendo aletear la muerte.

Jessica resbaló poco a poco.

Sentía en la espalda el frío de la pared.

Sus dedos estaban listos para el golpe y el araño.

Sabía que su única esperanza estaba en llegar hasta la ventana y pedir socorro. Pero Rambler adivinó su propósito y le cortó el camino. Jessica notó en la garganta, en los huesos, la presencia helada de la muerte.

Trató entonces de llegar hasta la puerta.

Dio un salto fantástico, un salto que hubiese envidiado una verdadera atleta y que por un momento la puso fuera del alcance de las manos de Rambler.

Un salto más y llegaría hasta la puerta.

Estaría salvada.

Pero llevaba zapatos de tacón, y uno de ellos se enredó en el borde de la alfombra. Dio un traspié y chocó contra una de las paredes. Oyó tras ella la respiración de Rambler.

Y notó sus brazos.

Sus brazos que la oprimían como un dogal.

Entonces supo Jessica que había llegado el fin, que estaba atenazada por la muerte.

CAPÍTULO XVI

UNA LLAMADA AL VACIO

Todo daba vueltas en torno suyo.

No supo si Rambler la había golpeado, pero lo cierto era que se sentía desfallecida. Notó que no había conseguido llegar a la puerta y supo que ya no la alcanzaría jamás. Pero no dejó de sorprenderle que Rambler no acabara con ella.

Un hombre que había matado de aquella forma tan horrible a Jacques Tordu no tenía por qué perdonarla a ella.

De todas formas, ya llegaría su fin.

Jessica no se hacía ilusiones.

Notó que la arrastraban y la introducían en una habitación. Era la única que no tenía gran ventana al exterior. Jessica se dio cuenta de que era el cuarto de baño de huéspedes en que había estado antes.

Rambler estaba tras ella.

Tenía una cuerda entre las manos.

Le ató las muñecas a la espalda y la dejó sentada en la bañera. La visión de sus piernas, en la postura en que se hallaba, resultaba obsesionante.

Dijo con voz ronca:

—Es inútil que trates de librarte de mí. Chillaré. ¡Chillaré con todas mis fuerzas!

—Peor para ti si lo haces.

—Tendrás que matarme, Rambler. ¡Tendrás que matarme o haré que me oigan en todo París!

Notó un extraño brillo en los ojos del hombre.

Y entonces la muchacha se dio cuenta, con horror, de que había hablado demasiado.

No debió haber dicho «Tendrás que matarme».

Ahora él lo haría. Jessica supo que estaba al final del camino y que para ella había llegado la muerte.

Miró fijamente al hombre.

Ni siquiera pestañeó.

Miró cara a cara, con insólita serenidad, los ojos del que había de destrozarla.

Fueron unos segundos dramáticos, unos segundos que Jessica creyó que no podría resistir.

Y en ese instante sonó el teléfono.

El «riiing..., riiing..., riiing...» pareció llenar el cerebro de los dos. Rambler se volvió hacia atrás con gesto contrariado. Y Jessica supo instintivamente que aquellos timbrazos le salvaban de momento la vida.

El hombre se dirigió hacia el despacho.

Jessica pudo verle perfectamente porque dejó la puerta abierta. Distinguió su mano al descolgar el teléfono y luego escuchó su voz con toda claridad.

—Alí, hola, Coward.

Jessica cerró un momento los ojos. De modo que era el productor de la película... En ese caso quizá hablarían bastante rato y ella podría aprovechar la ocasión.

Empezó a arrastrarse hacia la puerta.

No quería hacer ruido, y la tensión insoportable de sus nervios la destrozaba. Notó que un sudor helado empezaba a cubrir sus facciones.

Se detuvo.

Hizo esfuerzos para ponerse en pie, pero la falda estrecha y las manos atadas a la espalda la molestaban mucho.

Seguía oyendo perfectamente la voz de Rambler.

—Tienes razón, Coward, pero debes comprender mi postura. El guión ha sufrido un *stop*.

—...

—La verdad es que no tengo demasiadas ideas.

—...

—Sí, ya sé que te lo prometí, pero he tenido otras preocupaciones.

—...

—No te enfades, Coward. Comprendo que mi único problema debía ser el guión, pero he tenido otros.

—...

—Está bien, no creas que por eso me he dormido. Después de lo que ya oíste por la cinta magnetofónica, he estado dando vueltas a una idea.

—...

—¿Que qué idea es ésa? No la tengo detallada aún, pero pienso hacer intervenir un camión de mudanzas.

—...

—¿Dices que la idea es absurda? Sólo trato de ahorrarte dinero. Tú tienes camiones de mudanzas. Podrás emplear tu propio material para el rodaje.

—...

—Lamento que no te guste, Coward, pero no hay que ponerse así. Y yo sigo creyendo que es una idea aprovechable.

—...

—Por favor, espera un momento.

Fue entonces cuando Rambler depositó el auricular sobre la mesa y se volvió. Fue entonces cuando empezaron a derrumbarse todas las ilusiones que se había forjado Jessica.

Jessica ya estaba casi en la puerta, pero Auguste Rambler vino hacia ella.

—No trates de huir, loca. No vas a salir de aquí.

—No puedes impedir que chille. Y te juro que van a oírme...

—En este edificio no vive nadie, porque sólo hay oficinas. Y a esta hora las oficinas están vacías.

Jessica comprendió que él debía decir la verdad.

Si no la había amordazado era por eso.

La puerta se cerró en ese momento. El hizo girar la llave desde fuera.

Y la muchacha se sintió más perdida que nunca, se sintió prisionera en aquel cubículo que era la antesala de la muerte. El sudor lívido se secó de pronto. Se secó también su boca.

Ya no oía la voz de Rambler, quien debía seguir su conversación con Coward.

Jessica hundió la cabeza, respiró fuerte y trató de reunir sus

energías. No podía desanimarse ahora. Estaba perdida, pero tenía que luchar hasta el fin.

No vio nada en el cuarto de baño que pudiera librarla de sus ligaduras.

Pero, tras ponerse de pie otra vez, volcó con la cabeza un soporte de cristal en el que estaban algunos artículos de aseo. El cristal se rompió y ella sujetó con cuidado uno de los cristales. Torciéndose los dedos todo lo posible, y con infinita paciencia, empezó a frotar las ligaduras. Los pinchazos de su corazón eran insoportables, porque a cada segundo que pasaba pensaba que iba a volver Rambler.

Al fin pudo romper una de las cuerdas. Las otras no resistieron sus tirones y cedieron al fin. A todo esto, debían haber transcurrido cinco largos minutos, pero Rambler no había vuelto.

La muchacha trató de abrir la puerta.

No pudo. Estaba sólidamente cerrada desde fuera.

Entonces miró la pequeña ventana y se descalzó. Con su agilidad y su esbeltez era posible que pudiera salir por allí.

Se jugaba la vida, porque estaba a notable altura, pero no podía elegir.

Poco a poco, sintiendo que su corazón latía aceleradamente, se fue descolgando hacia afuera. El viento le dio en la cara. La ventana caía sobre un patio interior desde el que no podía pedir auxilio a nadie.

El único sitio hacia el que podía descolgarse era otra ventana próxima, que estaba entornada. La muchacha, en un salto felino con el que se jugó la piel, llegó hasta allí. Penetró por la ventana.

Y entonces tuvo una desilusión que la dejó sin fuerzas.

Oía perfectamente la voz de Rambler, que seguía discutiendo con Coward la idea del camión de mudanzas y lo de la mancha de sangre en la fachada. También interrumpía de vez en cuando la conversación para preguntarle cuándo iba a venir a recoger sus trajes. Los dos parecían bastante excitados.

Pero lo único que interesaba a Jessica era esto: había conseguido muy poca cosa. Estaba en el mismo piso de Rambler, en un pequeño cuarto trastero en el que antes no había puesto atención. Su única ventaja estaba en que ahora quizá podría llegar hasta la puerta exterior.

Descalza como iba, avanzó sin hacer ruido.

Vio a Rambler de espaldas.

Abrió la puerta del piso.

O trató de abrirla, porque no consiguió nada. La habían cerrado con llave y la llave no estaba en la cerradura. Era inútil tratar de salir.

Una lividez mortal cubrió las facciones de Jessica.

Se sintió tan acorralada como antes.

Pero sus ojos se dilataron de pronto con un brillo de febril esperanza. En una de las mesillas del dormitorio acababa de ver otro teléfono. Quizá era un supletorio, pero tenía que probarlo.

Entró y cerró la puerta.

Ya no oía la voz de Rambler. Por lo tanto, Rambler tampoco la oiría a ella.

Descolgó y oyó la señal de marcar. ¡No era un supletorio! ¡Estaba salvada! ¡Podía llamar al exterior!

Discó febrilmente el número del inspector Corbier que era el único que sabía de memoria.

Durante el proceso de su hermano había llamado varias veces a Corbier. Ahora el veterano inspector iba a ser su salvación.

Tuvo suerte.

¡Lo encontró en su despacho!

Corbier reconoció inmediatamente su voz.

—Hola, muñeca. No sabe lo que me alegra oírle, Jessica... No, no la he olvidado. Ni siquiera un viejo como yo puede olvidar a una mujer como usted. Pero debo advertirle que si trata de salvar a su hermano ya es demasiado tarde, por lo menos en lo que a mi concierne. El asunto ya ha escapado de mis manos.

—Por favor, inspector. Me juego la vida.

—¿Qué dice?

—¡Tratan de matarme!

—¡Por Dios! ¿Qué pasa? ¿Es una broma?

—¡Venga inmediatamente!

—¿Pero dónde está?

Ella le dio febrilmente la dirección. Notó que el inspector la apuntaba. Las gotas de sudor de la muchacha caían sobre la mesilla.

—¡Venga! ¡Venga! ¡Venga!...

—Claro que vamos ahora mismo. Pero sólo le ruego que no

bromee conmigo, señorita Albert.

—¿Cómo piensa que quiero bromear? ¡Tengo aquí al asesino de la señora Berthe! ¡Y quiere matarme a mí también!

Jessica notó inmediatamente que no debió haber dicho aquello.

Oyó claramente un suspiro de decepción al otro lado del cable.

—Mire, muñeca, si es un truco que le ha aconsejado el abogado Besnier, ese viejo zorro, olvídelo. Nada de culpables de opereta aparecidos a última hora. Seguro que han pescado a un desdichado, le han dado un montón de francos para que se declare culpable y así, hasta que se conozca otra vez la verdad, pasarán varios meses. Bonita manera de conseguir un aplazamiento... No me venga con esos trucos, muchacha.

—¡Por Dios, inspector! ¡Le digo la verdad! ¡Le digo la verdad!

La voz de la muchacha era desgarrada.

Hasta tuvo miedo de haber hablado demasiado alto y que la oyera Rambler.

Pero Corbier no la creyó.

—Lo siento, Jessica. Si quiere probar, llame al servicio de urgencias. Pero yo no hago el ridículo.

La muchacha sentía el frío de la muerte en el fondo de sus huesos.

Pero tenía que probar otra vez. No iba a resignarse a que la degollasen.

Fue a discar el número de Informaciones de la Telefónica para que desde allí llamasen a la policía, ya que no sabía el número de la comisaría más próxima.

Pero la señal de marcar cesó bruscamente. Se produjo un angustioso silencio.

CAPÍTULO XVII

EL FONDO DE LA TUMBA

Jessica sintió que el auricular resbalaba de entre sus dedos.

No tuvo fuerzas ni para levantarse y tratar de huir. Arrodillada como estaba, apoyó la cabeza en la mesilla y sintió el soplo de su propia respiración mientras se daba cuenta de que aquéllos eran los últimos minutos de su vida.

Había confiado en Corbier, pero el inspector no vendría jamás. Cuando llegara, sería para maldecir como un diablo y limitarse a levantar su cadáver.

De un momento a otro se abriría la puerta del dormitorio y entraría Rambler dispuesto a rematar su obra.

Jessica esperaba ansiosamente, vencida de antemano.

¿Pero por qué no entraba Rambler? ¿Qué esperaba? ¿O acaso seguía hablando con Coward?

La muchacha alzó la cabeza.

Decidió luchar.

Abrió la puerta y entonces tuvo otra más de la violentas sorpresas de aquel día. Todo estaba oscuro. No se oía ni el roce de una mosca en la casa.

¡Rambler se había ido mientras ella hablaba!

¿O quizá acechaba en la oscuridad para matarla?

Jessica sintió la angustia en su sangre, en sus nervios.

Pero Rambler no tenía ninguna necesidad de eso. Precisamente para matarla le favorecía la luz. Todo aquello significaba sencillamente que se había ido.

Otra vez la esperanza brilló en los ojos de la muchacha.

Avanzó hacia la puerta y entonces tropezó con aquellos brazos. Tropezó con aquellas manos calientes que le cerraban el paso para

siempre.

CAPÍTULO XVIII

LA IDEA

La muchacha chocó bruscamente con aquello, se desvió, tropezó con una de las paredes y quedó espantosamente inmóvil. El miedo la atenazaba de tal modo que no podía ni moverse. Ahora era ya incapaz de luchar.

Bisbiseó:

—No lo hagas, Rambler. He avisado al inspector Corbier. El llegará de un momento a otro.

—¿Pero qué inspector Corbier ni qué demonios? ¡Yo no soy Rambler!

Jessica estuvo a punto de lanzar un grito. Aquella voz le resultaba totalmente desconocida. ¡No era la de Rambler, sino la de un hombre que podía salvarla!

Jadeó:

—Por favor, encienda la luz.

—Claro que sí... Con mucho gusto. ¿Pero qué le pasa?

—¡Encienda la luz, se lo suplico!

La muchacha estaba al borde de sus fuerzas y su voz era patética:

—Sí, ahora mismo.

La luz se encendió. Jessica vio entonces a un hombre alto, aunque no tanto como Auguste Rambler, el cual vestía de negro. Era joven, pero parecía mayor a causa de su expresión inquieta y ansiosa. De todos modos, no se le podía negar atractivo, e incluso tenía esa gracia especial de los hombres de mundo.

Incluso a Jessica le pareció maravilloso.

Era ni más ni menos que su salvación.

Barbotó:

—¿Quién es usted?

—Me llamo Coward.

—¡Coward!

—Pronuncia mi nombre como si me conociera. ¿De qué me conoce?

—Rambler ha hablado con usted.

—Justo. Hace un momento. Y hemos quedado en que vendría yo aquí, pero me sorprende no encontrar a nadie más que a usted. Hasta las luces estaban apagadas.

—¿Cómo ha entrado?

—Tengo llaves. Este piso es mío.

—Ah... ¡Casi lo había olvidado! Es verdad. Y tiene usted aquí unos trajes.

—¿Cómo lo sabe? ¿Quién es usted?

—Ha oído mi voz por cinta magnetofónica. Yo soy la mecanógrafa a quien Auguste Rambler dictaba el guión de la película.

Coward sonrió.

—¡Ya decía yo que su voz era algo conocida!... Bueno, ¿pero qué ha pasado? ¿Dónde está ese condenado de Auguste? ¿Y por qué va usted descalza?

Jessica dijo con un soplo de voz:

—Por favor, llame a la policía.

—¿A la policía? ¿Para qué?

—¡Dios santo, ahora que lo recuerdo! ¡Han cortado los cables!...

—¿Qué dice? ¿Que Auguste ha cortado los cables? ¿Pero es que ese muchacho se ha vuelto loco?

—No es un loco; es un asesino.

—¿Qué dice?

—El mató a una mujer llamada Berthe, por cuyo crimen están a punto de guillotinar a mi hermano René Albert. Y mató antes, en el mismo París, a otras dos mujeres.

Coward palideció.

—¿A qué viene eso, muchacha? ¿No delira?

—¡Por favor! ¡Yo se lo explicaré todo más tarde! ¡Pero no perdamos tiempo y vaya en busca de la policía!

—¿De qué tiene miedo? ¿De que Rambler vuelva?

—¡Puede volver!

—Pero yo estoy aquí, y delante mío no le hará nada. Explíqueme lo que pasa.

—¡No perdamos tiempo!

—Mire, muñeca, usted no corre ahora peligro. Y yo tengo un prestigio en París, de modo que no voy a convertirme en el hazmerreír de la gente por culpa de una mujer histérica. Y perdone, muñeca. Pero me lo explica todo o yo no salgo de aquí.

La muchacha lanzó un suspiro de resignación.

—Está bien —dijo—. Se lo explicaré.

Y contó en breves palabras todo lo sucedido desde que Rambler la contrató para copiar el guión. ¡No omitió ningún detalle esencial! Y su idea final fue la de que, sencillamente, Auguste Rambler era un loco asesino.

Coward la escuchaba con insólita atención.

Sus facciones también habían palidecido.

Y cuando la muchacha hubo dejado de hablar, dijo con voz helada:

—Ahora me ha convencido, Jessica. Vamos a avisar a la policía. ¿Quiere ir a la puerta?

—¡Naturalmente que sí! ¡Menos mal que me cree!

Y la muchacha fue a abrir.

Pero, con gran sorpresa suya, notó que la puerta seguía cerrada.

Y oyó entonces unos pasos en el descansillo. Unos pasos secos y lentos que se dirigían hacia allí.

Los pasos de un verdugo.

¡Auguste Rambler volvía!

Jessica gimió:

—¡Está aquí! ¡El ha vuelto!

Y se volvió.

Pero fue para encontrarse con la hoja del cuchillo.

¡La hoja del cuchillo que empuñaba Coward y que iba a segarle la garganta!

Muchas veces, en las últimas horas, había sentido Jessica la muerte en su sangre. Pero nunca tanto como ahora, cuando supo que debía dejar atrás la última esperanza y cuando se dio cuenta de que estaba en presencia del verdadero, del único, del insospechado asesino.

Su instinto se lo dijo.

No comprendía los motivos aún, pero la verdad llegó a ella como si en su cara estallase un chorro de luz.

El cuchillo segó el aire.

Fue en busca de su cuello¹.

Jessica abrió la boca en un último espasmo de muerte.

Y en ese momento ocurrió algo asombroso, increíble, algo que no tenía la menor explicación lógica.

La puerta del piso se abrió y en el umbral apareció el inspector Corbier armado con una pistola.

Y Auguste Rambler... ¡entró por la ventana! ¡Pareció entrar volando como si fuera un hombre-mosca!

¡Como debió entrar el asesino en casa de Berthe!

—La idea —susurró el inspector Corbier cuando hubo clavado la pistola en los riñones de Coward y le hubo puesto las esposas— me la sugirió el mismo Rambler. No cabe duda de que es un hombre de imaginación, y por eso se dedica a los guiones de cine. Pero en este caso su idea no trataba de divertir a la gente, sino de salvar una vida: la vida de René Albert.

—No le entiendo, inspector. ¿Quiere explicarse mejor? —suplicó Jessica, que estaba literalmente desfallecida.

—Naturalmente que sí. Rambler sabía que Coward siempre andaba en dificultades financieras a causa de su fantástico tren de vida. Tres veces estuvo a punto de ir a la bancarrota y tres veces se rehízo. Una de ellas supo Rambler que había sido a causa de un gran préstamo hecho por una mujer mayor, ya que Coward tenía un gran ascendiente entre las hembras ya pachuchas y amantes de la notoriedad. Poco más tarde esa mujer murió. Fue una de las asesinadas.

—Yo no intervine en el asunto —dijo Rambler, encendiendo un cigarrillo y cortando la explicación de Corbier—, porque no sospechaba nada. Sólo pensé que Coward había tenido suerte ya que no pagaría su deuda. Pero poco después murió la segunda mujer, la misma, Jessica, cuyo retrato guardaba yo, porque la quería de verdad, ya que había sido como una madre para mí. Esa mujer ganó una fortuna de la noche a la mañana jugando a la lotería y empezó a vivir en el gran mundo. Cuando fue asesinada, juré que encontraría al culpable aunque fuera lo último que hiciese

en mi vida. Lo que no podía sospechar, por supuesto, era que ella también había hecho un préstamo muy elevado a Coward.

—Pues... ¿cuándo sospechaste?

—Cuando murió Berthe, la tercera mujer. Era igual que las otras. Era mayor, rica y no tenía familia. Fue el paño rojo enganchado en un clavo lo que me hizo comprender la verdad.

—¿Un paño rojo? ¿Aquello que daba la sensación de una mancha de sangre?

—Exacto, eso. Yo fui el único que relacionó con el asunto a Coward porque ya recelaba de él y porque sabía que tenía una agencia de mudanzas heredada de su padre. Ese paño era como los que se usan para señalar las cuerdas con las que se suben y bajan muebles. Entonces lo comprendí todo: Coward contrata a unos obreros argelinos de paso en París, de esos que luego desaparecen, y se presenta con un camión de mudanzas ante la casa de Berthe. En el camión de mudanzas no hay más que un armario, y dentro del armario está él. Ni los argelinos lo saben. Creen que dentro hay algún género, porque pesa, pero no pueden abrirlo ni les interesa. Lo suben hasta el tejado como les ha dicho Coward. Pero cuando pasan ante la ventana de Berthe, Coward, que ya sube con las puertas entreabiertas, tiene tiempo de saltar y encajar de nuevo las puertas del armario, que sigue subiendo. Comete el crimen en un par de minutos, se asoma por la ventana y hace señas para que bajen el armario. Los obreros están algo sorprendidos, pero obedecen. Cuando el armario pasa por delante de la ventana, dejan de ver de repente a Coward. Éste ha tenido tiempo de cerrar esa ventana, que es de guillotina, abrir las puertas del armario, meterse en él y descender. ¿Qué piensan los argelinos? Pues que Coward baja por la escalera. Cargan el armario, van hacia la cabina del camión y de pronto Coward aparece a su espalda. Siguen creyendo que ha bajado por la escalera. Coward les dice que han sufrido un error y que se larguen. Así lo hacen. Paga a los argelinos y éstos desaparecen de París. Ya no se enterarán jamás de nada. Coward ha corrido un riesgo, como todos los criminales, pero nadie se ha fijado en la operación del armario, que ha durado apenas diez minutos. Y mucho menos se relaciona aquello con el crimen. La lástima para Coward es que el paño rojo ha quedado enganchado en un clavo y puede ser una pista. Pero esa pista no la interpreta nadie excepto

yo.

Jessica sentía que el color volvía a su rostro.

Balbució:

—¿Pero todo eso es posible?

—¡Y tanto que sí! Yo he entrado por la ventana empleando el mismo sistema para demostrárselo a Corbier. Todo ha sido una combinación entre él y yo. También tuve que contratar a unos pintores para que mancharan la pared con pintura roja.

—¿Tú tuviste esa idea para hacer perder los nervios a Coward?
¿Para atraerle aquí?

—Desde luego. Si él no perdía los nervios, nunca le probaría nada. Por eso en el guión del que le hablaba había ciertos detalles muy concretos de su crimen. Sólo faltó lo del camión de mudanzas. Comprendió que yo sabía algo y vino hacia aquí dispuesto a eliminarme. Yo le dejé entrar mientras Corbier estaba preparado. Al oír los pasos pensó que volvía, pero no podía matarme sin eliminarte a ti. Por eso fue a intentarlo, pensando que luego podría pasar por un crimen pasional seguido de suicidio. Con ello se perdió. Y hemos salvado a tu hermano, que no cometió más delito que robar una polvera de oro y asustarse después...

—Entonces, ¿todo fue una trampa para que Coward perdiera los nervios?

—Desde luego. Ya te he dicho que sin eso no conseguiría nada.

—¿También él debía dinero a Berthe?

—También, y por supuesto no estaba dispuesto a pagarlo. Coward ya había tomado afición a ese modo de poder gastar a manos llenas. Sólo Dios sabe hasta dónde pensaba llevar su cadena de crímenes...

—Auguste..., ¿pero cómo sabías que yo, la hermana de René Albert, iba a tratar de ser tu mecanógrafa?

—Yo no lo sabía, muñeca. Ésa fue una feliz casualidad. Pero cuando viniste te acepté. Aún tuve más ganas de salvar a René Albert. No sólo porque fuera inocente, sino porque no hay derecho a que muera un tío que tiene una hermana con esas piernas...

EPÍLOGO

Después de la liberación de René Albert y de que Coward ocupara su fatídico puesto, ocurrieron unas cuantas cosas.

Annabel, su hermana, liquidó el negocio y marchó a Inglaterra. No sufrió daños ni molestias, puesto que era inocente. Lo único que hizo fue escribirle a Rambler diciéndole que, ya qué le había presentado a Jessica como su esposa, se casara con ella.

El inspector Corbier empezó a soñar con las piernas de Jessica.

Pero una vez lo hizo en voz alta y su mujer por poco lo mata.

Corbier quedó tan baldado que estuvo a punto de pedir la jubilación anticipada.

En cuanto a Auguste Rambler, le llovieron las ofertas para hacer guiones de cine.

Naturalmente, quiso que Jessica fuera su mecanógrafa.

Pero no terminaron ni el primero. Malas lenguas dicen que era porque perdían el tiempo en otras cosas. Vaya usted a saber. Lo cierto fue que al cabo de tres meses se casaron.

Y de su viaje de bodas también hubiera podido escribirse un buen guión, desde luego.

¡Había cada escena!...

Pero ése, maldita sea, no lo compró nadie.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

